

 **CÁLIZ** DE LA **PASIÓN**
AÑO JUBILAR 2020 **2021**



BOLETÍN OFICIAL del **ARZOBISPADO DE VALENCIA**

BOLETÍN OFICIAL
ARZOBISPADO DE VALENCIA



ABRIL 2021 - Nº. 3459

ARZOBISPADO



SR. ARZOBISPO**HOMILÍAS****I****HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO****DOMINGO DE RAMOS****Santa Iglesia Catedral
Valencia, 28 de marzo de 2021**

Comenzamos estas celebraciones con la entrada de Jesús en Jerusalén. Entra en la ciudad de la paz como rey pacífico, manso, sobre los lomos de un asno joven, sin poder ni violencia, sin estrépito de dominio humano. Viene, entra en la ciudad, no como quien busca su gloria por medio de la fastuosidad y de la pompa. No porfía, no grita, no vocea por las calles, sino que se muestra y viene como es, manso y humilde, se presenta sin el más mero atisbo de espectacularidad alguna. Viene como en la encarnación y en su nacimiento: pobre y sencillo; aclamado por los niños y las buenas y sencillas gentes que intuyen en Él, la verdad y la bondad de Dios. Se ha despojado de su rango y ha tomado la condición de esclavo. Se ha rebajado hasta nosotros, al alcance nuestro, al alcance de los

pequeños y de los últimos. Todo acabará en el rebajamiento supremo, hasta la muerte y una muerte llena de ignominia, la muerte en cruz, condenado y rechazado, humillado y escarnecido, víctima del odio, de la mentira y de la injusta violencia.

En Jerusalén Jesús entra triunfador, pero no en el sentido de César o Alejandro Magno. Visto con los ojos de este mundo es como un fracasado; poco después, días después, inmediatamente en el relato de su Pasión aparece como humanamente fracasado: murió casi abandonado, fue condenado por su predicación, por sus gestos y su actuar. A su propuesta su pueblo no respondió con un sí masivo, sino con la Cruz. El éxito no es uno de los nombres de Cristo, tampoco es uno de los nombres de Dios. Los caminos de Dios son otros: su éxito tiene lugar a través de la Cruz y siempre se encuentra bajo este signo.

Ciertamente, Cristo posee la naturaleza divina con todas sus prerrogativas; entrando como rey pacífico en Jerusalén, o descendiendo hasta los bajos fondos de la muerte de cruz, muestra la omnipotencia divina, que es la omnipotencia de su amor que lo llena todo y lo penetra todo, hasta la oscuridad de la ignominia del madero de la cruz. Se muestra Hijo de Dios: aquí estoy para hacer tu voluntad; que no se haga lo que yo quiero; aprendió sufriendo a obedecer. Sólo el Hijo de Dios, que es Dios, puede llegar hasta ahí.

Por eso, “esta realidad trascendente no se interpreta y vive con vistas al poder, a la grandeza o al dominio. Cristo no usa su igualdad con Dios, su dignidad gloriosa y su poder como instrumento de triunfo, signo de distancia y expresión de supremacía aplastante. Al contrario, ‘se despojó’, se vació a sí mismo, sumergiéndose sin reserva en la miserable y débil condición humana. La forma divina se oculta en Cristo bajo la ‘forma’ humana, es decir, bajo nuestra realidad marcada por el sufrimiento, la pobreza, el límite, la muer-

te. Así pues, no se trata de un simple revestimiento, de una apariencia mudable: la realidad de Cristo es divina en una experiencia y realidad auténticamente humana. Dios no sólo toma apariencia de hombre, sino que se hace hombre y se convierte realmente en uno de nosotros, se convierte realmente en ‘Dios-con-nosotros’; tan con-nosotros, que toma nuestra carne de sufrimiento, asume los padecimientos del hombre y se identifica con ellos; no se limita a mirarnos con benignidad desde el trono de su gloria, sino que se sumerge personalmente en la historia humana, haciéndose carne, es decir, realidad frágil, condicionada por el tiempo y el espacio. Esta participación radical y verdadera en la condición humana, excluido el pecado, lleva a Jesús hasta la frontera que es el signo de nuestra finitud y caducidad: la muerte. Ahora bien, su muerte no es fruto de un mecanismo oscuro o de una ciega fatalidad: nace de su libre opción de obediencia al designio de salvación del Padre (cf Flp 2,8). El apóstol añade que la muerte a la que Jesús sale al encuentro es la muerte de cruz, es decir, la más degradante, pues así quiere ser verdaderamente hermano de todo hombre y de toda mujer, incluso de los que sienten arrastrados a un atroz e ignominioso pero, precisamente en su pasión y muerte Cristo testimonio su adhesión libre y consciente a la voluntad del padre, como se lee en la Carta a los Hebreos: ‘A pesar de ser Hijo, aprendió sufriendo a obedecer’ (Hb 5,8)” (Benedicto XVI). Así, en su rebajamiento hasta la ignominia de la Cruz, en su pasión y muerte en cruz, Dios, cuya voluntad vemos cumplida en Jesús, entregándose para dar vida al hombre y salvarlo, vemos y palpamos lo que es el amor, quien es Dios, Dios amor, en su más alta y honda radicalidad. Poner, como ha dicho el Papa en su Encíclica, la mirada en el costado traspasado de Cristo, ayuda a comprender que Dios es amor (1 Jn 4,8), y la grandeza del hombre que de esta manera es amado por Él. “Me amó y se entregó por mí”, dirá san Pablo.

“Es allí, en la Cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (Benedicto XVI, DCE, 12). “Contemplar el amor saca amor”, dirá Santa teresa. Contemplemos de verdad estos días esta obra infinita del amor que es la pasión de Cristo, que es Cristo crucificado. Adentrémonos en el misterio de la pasión de Cristo, detengámonos en todos los detalles; veamos desde ellos todo el misterio y el Evangelio de Cristo; veamos ahí concentrada y consumada toda la historia del amor de Dios y las maravillas de su salvación. Veremos el amor de Dios; ¡cómo nos ama y nos ha amado!; sacaremos fuerzas para amar. Más aún, es ahí donde está la posibilidad de que amemos; ahí arranca toda posibilidad para el amor verdadero y para amar sin límites ni condiciones. Cuánta verdad contiene la palabra de uno de los sonetos más célebres y sublimes de la literatura castellana:

No me mueve mi Dios para quererte/
el cielo que me tienes prometido;/
ni me mueve el infierno tan temido/
para dejar por eso de ofenderte.//
Tú me mueves, señor; muéveme el verte/
clavado en esa Cruz y escarnecido;/
muéveme el verte tan herido;/
muévanme tus afrentas y tu muerte.//
Muéveme, al fin tu amor, y en tal manera/
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,/ y, aunque no hubiera infierno, te temiera.//
No me tienes que dar porque te quiera; aunque lo que espero no esperara,/ lo mismo que te quiero te quisiera.//

Jesús ha perpetuado ese acto de amor y de entrega hasta el extremo mediante la institución de la Eucaristía. Como hemos escuchado en la lectura de la Pasión según san Marcos, ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de entrega de Jesús; participando en este acoto de la Eucaristía, nos implicamos en la dinámica de

su entrega. Vivamos, pues, hermanos, el misterio eucarístico. Vivamos así, a partir de él, el amor hasta el extremo en la Cruz y la Resurrección, viviremos así, amando y sirviendo hasta el extremo como hizo Jesús en la Cruz. Que así sea.



HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO

MISA CRISMAL

Santa Iglesia Catedral
Valencia, 30 de marzo de 2021

Queridos hermanos obispos, sacerdotes, diáconos, seminaristas; queridos hermanos del pueblo sacerdotal que formamos todos:

¡Qué gozo y qué delicia encontrarnos todos los hermanos unidos celebrando juntos la acción de gracias por el don recibido de nuestro sacerdocio común y ministerial al servicio de la Iglesia y de la salvación de los hombres!

Hoy, en la unidad del presbiterio diocesano, los sacerdotes ordenados de nuevo revivimos la gracia recibida, los compromisos adquiridos el día de nuestra ordenación sacerdotal. No hay otro lazo que nos pueda unir más honda y firmemente al Señor. Entre nosotros, la realidad comúnmente sentida y compartida, esta gracia singular nos ha constituido en sacerdotes, presencia sacramental de Jesucristo Sacerdote. Vivamos con alegría grande esta gracia singular que nos constituye y configura. Así, nuestra existencia sacer-

dotal aparecerá en toda su autenticidad humana y cristiana. Nuestro servicio ministerial recobrará todo su vigor propio renovado y toda su fuerza evangélica nueva.

El Espíritu Santo está sobre cada uno de nosotros, sacerdotes. Nos ha ungido con una misión llena de esperanza ilusionada y de gozo grande a quien ha recibido esta gracia. Esto es, la de ser y ser llamados amigos de Jesús. De ofrecer el Santo Sacrificio y entregar el Cuerpo de Cristo. Conceder el perdón de los pecados y el don de la Reconciliación. Dar la buena noticia a todos los que sufren en el alma o en el cuerpo, a los pobres y desfavorecidos que lloran sin consuelo, a todos los malheridos y maltratados por la fuerza del odio, la opresión y el pecado, a todo hijo del hombre que amenaza la muerte y el príncipe de este mundo.

¡Qué grande el Misterio del cual hemos sido hechos ministros! Ministros de un Ministerio de Amor sin límites ya que, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo. Ministerio de Unidad que se derrama sobre nosotros de la fuente de unidad y de comunión trinitaria, al hacernos uno, unidad en la vida de comunión, en el don del Espíritu. Ministerios de la divina diaconía, que lleva el Verbo hecho carne al hogar, a los pies de su criatura, indicando así en el servicio la clave maestra de su relación auténtica entre los hombres. “Os he dado ejemplo, haced vosotros como Yo he hecho con vosotros”.

Estamos viviendo y escuchamos, dirigidas a cada uno de nosotros –sacerdotes– las mismas palabras y el mismo mandato que el Señor dirigió a los Apóstoles: “Haced esto en conmemoración mía”.

Somos memoria perenne, presencia sacralizadora, sacramental de Él. Por eso, siempre, de manera particular, ahora es preciso partir de Él, partir nuevamente desde Él para descubrir la fuente y

la lógica profunda de nuestra fraternidad, servicio y entrega total y gozosa a los hombres. “Como Yo os he amado, amaos también los unos a los otros”, dice el Señor. Porque somos don de Dios. En nosotros este Amor es la caridad pastoral, que nos apremia y nos lleva a servir a los hombres en sus necesidades y no servirse de ellos.

Si hay una necesidad situada en lo más hondo del hombre y de la sociedad contemporánea y que nos interpele con mayor urgencia a los sacerdotes es anunciar y dar testimonio de Dios. Solo Dios que es Amor, siendo enteramente de Él y perteneciéndole a Él por completo, que nos ama como nadie en Jesús. Nos interpela la urgencia de nuestro mundo, de nuestros días, de predicar y testificar el Evangelio como el Anuncio de que ha llegado ya la salvación. Y se ha cumplido el Año de Gracia, en el Año de Gracia del Señor. Esto es el gozo de nuestra vida ministerial sacerdotal y responsabilidad específica nuestra, insustituible, inherente a nuestro sacerdocio.

Hacernos guías de un nuevo acercamiento de la comunidad cristiana a Cristo, del mundo a Cristo, como ocurrió aquel sábado en la sinagoga de Nazaret, tal como lo relata san Lucas. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en Él. Y él dijo: “Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”.

Jesús siempre y, en particular, en los tiempos que corremos, nos está pidiendo y suplicando a cada uno de nosotros, sacerdotes: “Ven conmigo. No me dejes y, menos aún, no me traiciones siguiendo a otros o a otras cosas”. Si la Iglesia tuviera solo ojos para Cristo, si no siguiéramos a otros y solo a Cristo, y lo quisiéramos de todo corazón, de verdad, con corazón indiviso, nada más y por encima de todo a Jesús; si fuéramos los hombres amigos fuertes de Dios, Jesús crucificado, los hombres contemporáneos comenzarían a comprender que se puede entrar en un tiempo nuevo, el tiempo de la gracia, la era de la salvación, la era de la verdad y del amor.

Vivimos, es cierto, una época sensible al dolor, al sufrimiento, a la injusticia que supone el mundo de los pobres, los hambrientos, que se rebelan contra la explotación del hombre por el hombre, la represión de la libertad basada en la verdad.

También se detectan signos de sufrimiento por tantas decepciones y frustraciones personales y colectivas. ¿No es verdad que cunden en muchos de nuestros conciudadanos, de todas las edades, la sensación de encontrarse sin salidas, sin sentido para la vida es muy difícil, además, abstraerse a la evidencia de que el fenómeno creciente de la globalización del sexo egoísta y comercializado, del vandalismo y de la violencia, que tiene que ver con una concepción de la vida y con unas estructuras sociales que denotan que se ha perdido el rumbo. ¡Mucho más! Donde no hay norte para la existencia. Son retos que tenemos ahí.

Ante estos retos, este conjunto de desafíos que nos viene de nuestro mundo, hoy, ayer y siempre, ¿qué es lo que debemos hacer, hermanos? Nos preguntamos con fe y confiado optimismo y esperanza, aunque sin minusvalorar los problemas y las dificultades.

No nos satisface ciertamente la convicción de que hay una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, ya lo decía san Juan Pablo II: “No será una fórmula la que nos salve pero sí una persona. La certeza que Ella nos infunde: ‘Yo estoy con vosotros’.”

En Cristo mismo, a quien hay que conocer, amar e imitar, para vivir en Él la vida trinitaria, el Amor de verdad, para formar con Él la historia santa hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Por eso mismo, ante tantos y tan graves desafíos que nos retan en este mundo fuertemente secularizado, solo cabe una respuesta adecuada. Una respuesta sobre todo para nosotros, sacerdotes ordenados, verdaderamente apasionante, capaz de llenar de verdad la vida

toda del hombre y de ilusionar en su actuación ministerial y colmar la totalidad de nuestra existencia sacerdotal. La entrega de nosotros mismos, por Él y con Él, Jesucristo.

Lo que importa es aprender a ser buenos y claros instrumentos suyos, lo más transparentes posible. Testigos de su oración, de su gracia y de su Amor. Que Él crezca y que nosotros mengüemos o disminuyamos. Cuidando de que nuestra palabra refleje solo íntegramente su Palabra. “Vivid y escuchad en la Iglesia”.

Y que del ejercicio de nuestro oficio de pastores encuentren, experimenten el Amor del Supremo Pastor, el que da la vida por sus ovejas. Y que cuando nos acerquemos a los pobres, veamos a Cristo. Este es el estilo de la experiencia verdaderamente sacerdotal. Esa experiencia del gesto del Señor en la Cena Pascual, cuando nos entrega el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, e instituye nuestro sacerdocio.

Permitidme acabar este coloquio fraterno con vosotros agradeciéndoos a todos cuantos sois y hacéis en circunstancias adversas, nada fáciles como las de hoy. Pienso en este momento en el trabajo que desarrolláis cada día, un trabajo a menudo arduo, escondido, que si bien no aparece ni va a aparecer en las primeras páginas de los periódicos o de los noticiarios de televisión; sin embargo, ese comportamiento vuestro hace avanzar el Reino de Dios en las conciencias.

Os expreso, queridos hermanos, mi admiración y cercanía por este ministerio discreto, tenaz y creativo, aunque a veces marcado por las lágrimas del alma que solo Dios ve y recoge en su odre. Un ministerio tanto más digno de estima cuanto más probado en las dificultades de un mundo altamente secularizado y que somete al sacerdote a la insidia, al cansancio y al desaliento. Lo sabéis muy bien. Este empeño cotidiano es precioso a los ojos de Dios. Cristo

nos llama a desarrollar cada vez más nuestra relación con Él, nos invita ante todo a crear intimidad con Él. No se puede dar a los demás lo que nosotros mismos no tenemos.

Hay una sed de Cristo que pese a tener tantos factores en contra habla también en la sociedad contemporánea. Emerge entre todas las incoherencias y se perfila, incluso se convierte en signo de contradicción.

La clave de todo, también de nuestro sacerdocio, que hoy celebramos y renovamos en esta Santa Misa, en la que se consagra el Santo Crisma, es el Amor. El Amor cristiano, por el que somos amados en Jesucristo. Hemos creído en el Amor.

No se comienza ni a ser cristiano, y mucho menos aún a ser sacerdote, o a permanecer siéndolo, por una decisión ética, ni por una idea o una reflexión o pensamiento. Sino por una persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva en todo. Jesucristo, De esto nos ofrecen un ejemplo admirable y ardiente los testigos del Señor, como el que nos ha ofrecido la semana pasada en Valencia con alegría, humildad y gozo la otrora enfermera abortista María de Himalaya, mujer nueva, nacida de nuevo, convertida en nueva criatura por el encuentro con Jesús crucificado que vive y ama y que llena de amor y esperanza y que capacita para amar y luchar. Libre de desánimos, de tedios, de malos humores, críticas, comentarios y murmuraciones, a veces calumniadoras. Y que capacita para luchar y bregar por una humanidad nueva, hecha de hombres y mujeres nuevos; fundamentados en el don del Amor de Jesús con el que Dios nos ama y se nos ha dado con el Espíritu Santo a los que hemos sido ungidos y consagrados y que nos lleva además a amar y ser hermanos que aman.

Queridos hermanos: al renovar hoy el don del carisma que hemos recibido. El mayor y mejor carisma que hemos recibido, del

Amor. Que en esta celebración escuchemos, con renovada alegría, confianza a Jesús que nos dice a cada uno de nosotros: “Ven conmigo”. Y esto en el Año Jubilar Eucarístico del Santo Cáliz de la Pasión, en el Año de San José, hombre justo y fiel y cuya debilidad se fortalece en la sabiduría de Dios porque obedeció.

Estos días miramos a la Cruz y en ella encontramos la verdadera sabiduría sacerdotal y humana que cambia el mundo. Ahí está el futuro y la esperanza para una humanidad tan necesitada de Amor. Y esto es la base y fundamento sobre el que construir un orden nuevo, el del Amor del Crucificado, rechazado por los poderosos de este mundo, los que adoptan actitudes similares y llevan a cabo obras y engaños del príncipe de la mentira que anda contra el hombre e intenta devorar al hombre.

Este es el poder de los sacerdotes: la Cruz. Mirar y seguir a Cristo crucificado, que es el poder del Amor, es el poder de la Esperanza, es el poder que lo fía todo al Señor, no a las propias fuerzas, sino en cumplir su Voluntad. Este es el poder que cambia el mundo, que afirma la vida y trae alegría a todos los hombres.

Que Dios nos conceda en esta Eucaristía de renovación de las promesas sacerdotales fortalecer nuestra identidad sacerdotal con el testimonio presente, alegre y gozoso, lleno de esperanza de Jesucristo crucificado y resucitado.



HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO

CELEBRACIÓN DE LA CENA DEL SEÑOR
JUEVES SANTO

Santa Iglesia Catedral
Valencia, 1 de abril de 2021

Muy querido hermano obispo Don Vicente, muy queridos hermanos sacerdotes, muy queridos hermanos y hermanas en el Señor Jesucristo.

Como siempre que celebramos la Eucaristía en este atardecer de Jueves Santo celebramos el memorial de la última cena del Señor. Renovamos la Pascua de Cristo. Aquella hora suya de redención de Cristo sigue en medio nuestro a través de la Eucaristía. Hoy la Iglesia recuerda la institución de la Eucaristía, la institución del sacerdocio y mandamiento del amor nuevo. Antes de la cena, la misma tarde, como hemos escuchado en el Evangelio, Jesús mismo, manso y humilde, pacífico, se rebaja. Se pone su atuendo de esclavo, arropa nuestra miseria y ejerce el servicio de esclavo. Se arrodilla ante cada uno de los discípulos, uno tras otro, les lava los pies. Ahora purificados pueden sentarse a la mesa con los demás. Así es Jesús.

Ahí está todo el sentido de su vida, de su Pasión. Y por causa de su rango, inclinándose ante nuestros pies, ante la inmundicia de nuestras vidas; lavarnos, purificarnos y acondicionarnos como comensales para que nos sentemos a la mesa con Dios, nos invita con

los demás. No hace excepción de personas, de nadie, ni siquiera del que le iba a entregar o traicionar, del que le negaría tres veces, de los ruidosos y cobardes que huían ante el fracaso aparente del Maestro. Todos quedan convocados ante la mesa de la unidad y en la sobremesa dirige Jesús al Padre aquellas palabras: *“Que todos sean uno como Tú Padre estás en mí y yo en ti. Que todos sean uno para que el mundo crea que Tú me has enviado”*. Habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo y tomando un trozo de pan primero, y una copa llena de vino después nos dejó su testamento que es la nueva y definitiva alianza en su cuerpo entregado por nosotros y en su sangre derramada para el perdón de los pecados, de todos. Nos dejaba el testamento de su amor y anticipaba de esta manera y priorizaba para siempre lo que pocas horas después iba a suceder; de manera muy concreta y en un acontecimiento único e irrepetible de su Pasión y de su Muerte.

Por eso ofrece al pan y al cáliz. Y al mismo tiempo les encarga la tarea de volver a decir y hacer siempre en su memoria aquello que estaba haciendo y diciendo en aquel momento. Haciendo del pan su cuerpo y del vino su sangre, anticipa su muerte. Le afecta en lo más íntimo y lo transforma en oración de amor. En la Cruz, el alojamiento de Dios hacia nosotros, en la universalización del amor de Dios, en la entrega de su infinito amor a favor de los hombres, llega a su plenitud y a su cima. Se consuma de una vez para siempre ese amor suyo.

La trama misma del mal y su realidad histórica, terrible, Cristo en su dolorosa Pasión y cruz se ha revelado enteramente, se ha entregado eficazmente sin reserva alguna en un infinito y entrañable Amor de Dios que lo llena todo, así como su misericordia sin límites bajó a nosotros, miserables pecadores. Ese amor nos ha salvado y permanece ya para siempre. Con toda su fuerza imperecedera y dignificadora. Porque ese sacrificio universal de Dios destinado a

redimir, salvar y liberar a los hombres del poder del pecado y de la muerte. Jesús ha perpetuado anticipándolo, este acto de suprema e irrevocable entrega en la institución de la Eucaristía. La salvación y la donación de amor de Dios acontecen en la eucaristía. A partir de ahí en la Eucaristía y por ella nos encontramos con el amor de Dios que no tiene límite. La experiencia lo llena todo. Con la Eucaristía nuestro Señor nos introduce en su amor y nos incorpora a la comunión de amor y de unidad con él. Nos hace uno con Él. En la comunión sacramental quedamos unidos con Dios como todos los que comulguen. El pan es uno y así nosotros, aunque seamos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan.

La unión con Cristo, esa unión en el tiempo, unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí. Únicamente puede pertenecerme en unión con todos. Porque son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí para ir a él. Por tanto también a la unidad con todos los demás. Hacemos un cuerpo, aunados en la misma existencia: el Amor de Dios y al prójimo están realmente unidos. La comunión eucarística está incluida a la vez al ser amados y amar a los otros. El mandamiento del amor es posible solo porque no es una mera exigencia de tipo ético. El amor puede ser mandado porque previamente es dado. Haced esto en memoria mía. Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros también lo hagáis. Y tú me has enviado. El cuerpo y sangre de Cristo se nos dan para que nosotros mismos seamos transformados, es decir, vivimos todos en el cuerpo de Cristo. Los consanguíneos. Iremos a la entrega por todos y al servicio de todos. Y vamos a ser una sola cosa con Él, también con los demás. Los misterios que se hacen presentes en esta celebración nos invitan a la comunión. Nos exige una transformación profunda como acontece en la Eucaristía. La transformación del pan en el cuerpo de Cristo, la transformación del vino en la Sangre de Cristo. La transforma-

ción de los dones de la tierra, la donación de Dios mismo. La transformación de la violencia en amor, de la muerte en vida. El imperio de nuestra voluntad a la entrega y sumisión a la voluntad de Dios. Que es amor para todos y la unidad de todos en una sola cosa con Él y entre sí.

La sociedad concreta en que vivimos, la dinámica de sus misterios, la Eucaristía nos lleva a que seamos transformados desde dentro. La muerte de Jesucristo reintroduce el amor en el mundo y acomete los problemas globales que se ciernen sobre la humanidad actual, especialmente los que amenazan la sociedad actual. Se trata de un amor real necesario en un mundo cada vez más interdependiente y en el que perduran situaciones de extrema pobreza. Son millones los niños, las mujeres, los hombres que sufren cotidianamente hambre, inseguridad y marginación en todo el mundo. Estas situaciones constituyen una grave ofensa a la dignidad humana y contribuyen a la inestabilidad social.

Una de las últimas marginaciones es cómo los países ricos tenemos vacunas, no las tienen los países pobres. África, América, no las tienen. Están marginando injustamente. Solidaridad afectiva y receptiva de todos. Todo quedará abocado a un número creciente de millones de personas rotas, con la vida truncada, una existencia vacía y desesperada y con ellos una sociedad truncada en la base de la misma posibilidad de una existencia pacífica y justa. Crece asimismo la amenaza contra la paz. La presión de la inmigración en los países ricos con el consiguiente peligro del rechazo y la xenofobia que hacen considerar al extranjero no como un hermano, sino como un rival que pone en peligro el bienestar. Lo primero de todo es que el hombre en esta sociedad contemporánea, todo esto le coge desarmado y sumido en la mayor de las pobreza: la pobreza de una existencia vacía, carencia de valores morales y de gente en ese horizonte último de la realidad de Dios, que es amor.

Es necesario estar atento a esa caricia fundamental, la de Dios, la de su amor. A esta pobreza radical especialmente agravada entre los más jóvenes e indefensos de nuestra sociedad. Es necesario si un hombre quiere subsistir sobre la tierra un cambio moral profundo. No basta con hacer cosas. Sin justicia moral, sentido de la vida, sin amor, sin apertura definitiva a Dios, sin reconocimiento de él, el poder del hombre enloquece y se vuelve contra sí mismo y contra la naturaleza. Mientras haya hombres que manipulen la vida, se instrumentaliza o se elimina bajo el pretexto de la ciencia se crea en su campo una compasión falsa, las cosas no harán más que empeorar. La liberalización del amor es condición indispensable para que el hombre pueda justificar su dignidad de hombre. Por eso es necesario descubrir la grandeza, la verdad del hombre, la que descubrió precisamente el misterio eucarístico. El Cuerpo de Cristo se entrega a nosotros. El amor contiene sin unidad y sin medida para que lo hagamos nuestra en las relaciones entre los hombres.

Necesario por ello es para nosotros vivir de la Eucaristía. Este es verdaderamente el cuerpo del Señor que Jesús nos ha dado para que tengamos vida, vida en abundancia, vida eterna. Anticipo de gloria y felicidad para siempre. Ese es Él.

IV

HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO

CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR VIERNES SANTO

Santa Iglesia Catedral
Valencia, 2 de abril de 2021

Queridos hermanos sacerdotes y diáconos. Queridos hermanos y hermanas en el Señor.

La mirada y el corazón de la Iglesia están fijos en el Señor crucificado. Hemos escuchado el relato de la pasión según san Juan. Ha llegado y se ha cumplido la hora. Ha sido levantado sobre la Cruz el Hijo del Hombre. Tras una parodia de proceso injusto, ha sido condenado por las leyes humanas. Lo han condenado a muerte. Han ajusticiado a Dios.

Como tantos condenados a lo largo de la historia, inocentes, indefensos, en el desvalimiento más total, en Jesús, como muestra este relato estremecedor de la Pasión, palpamos y vemos la gravedad de la miseria, del vacío y del pecado. Jesús humillado, destrozado y colgado del Madero ignominioso de la Cruz. Como un varón de dolores, contemplamos a Dios que, porque nos ama tanto a los hombres, ha entregado su vida en su Hijo, ha entregado a su único Hijo. La sangre de la Cruz es la sangre de Dios. Ahí está la verdad de Dios, ahí está Dios. Dios es amor. Ahí está también la verdad del hombre, amado por Dios hasta el infinito, más no se puede dar. Rescatado por la sangre del Cordero sin mancha y la sangre de Dios.

Eso es lo que vale el hombre. Aquí lo tenéis, he aquí al hombre, dice Pilato. He aquí a Dios, podríamos añadir hoy nosotros.

Ha venido para ser Rey, ha venido para dar testimonio de la verdad, para servir y no ser servido. El rey de los judíos, reza la tablilla en latín, griego y hebreo de la sentencia. Esa es su realeza. Dar testimonio de la verdad de Dios, Creador y Redentor, y la verdad del hombre, que ha sido amado, dignificado en su Creación, humillado y roto por el pecado, liberado por el Amor redentor. Éste es el modelo de la Cruz, la salvación del mundo entero: venid, adoradle. Dentro de unos momentos tendremos el signo de la adoración del Cruz. Hermanos, ¿creéis que se puede adorar algo semejante? Tan vejatorio y humillante. ¿Qué sentido tiene adorar y exaltar la Cruz? ¿Acaso no es escandaloso? Pero dice el apóstol san Pablo: nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles. Los cristianos no exaltan y adoran una cruz cualquiera, sino la Cruz de Jesús, que Él santificó con su sacrificio. Es testimonio de inmenso amor. Cristo en la Cruz derramó toda su sangre para liberar a la humanidad de la esclavitud del pecado. Para liberarla de la muerte. Por tanto, el signo de maldición de la Cruz se ha transformado en signo de bendición. El símbolo de muerte, en símbolo de amor que vence el odio y la violencia y engendra la vida inmortal.

¡Oh Cruz, ¡esperanza única! La Iglesia aguarda y custodia la memoria de este acontecimiento único: la crucifixión de Jesucristo, la Cruz de Cristo. En el credo de nuestra fe, tras haber confesado que el Hijo de Dios se encarnó en el seno de María la Virgen y se hizo hombre, se confiesa inmediatamente: *“fue crucificado por nosotros en tiempos de Poncio Pilato, murió y fue sepultado”*. Muriendo, Jesús se ha metido de lleno en la experiencia dramática de la muerte, que ha sido construida con nuestros pecados. Pero muriendo, Jesús ha llenado y colmado de amor el morir. Y además lo

ha llenado en presencia de Dios, que es amor. Con la muerte de Cristo, la muerte ha sido vencida. Porque Cristo, ese vacío y esa nada de la muerte, la ha llenado hasta el colmo de la fuerza opuesta al pecado que la ha originado. Jesús la ha colmado de amor. Grande misterio el del sufrimiento, que pertenece de modo tan integral a la historia del hombre. En eso concuerdan incluso los críticos contemporáneos del cristianismo, incluso éstos ven que Cristo crucificado es una prueba de la solidaridad de Dios con el hombre que sufre. ¿Dónde está Dios? Ahí, sufriendo.

Esta mañana, cuando acompañaba la imagen de Jesús cautivo por las calles de Valencia, me preguntaba: ¿dónde está Dios? Estaba Jesús cautivo, visitando a los enfermos, a los pobres, a los que han muerto o están a punto de morir, visitando a los hospitales. Visitando también clínicas abortistas, donde estaban matando en aquellos momentos, seguramente, a algún niño inocente, sin ninguna defensa. Ahí estaba Jesús, ahí estaba Dios, visitando tanto dolor. Visitando donde estaban dando de comer en aquellos momentos a la gente que no tenía nada para comer en sus casas, haciendo colas en los lugares donde la caridad lleva a dar de comer. ¿Dónde está nuestro Dios? Ahí. Ahí está Dios. Al lado y asumiendo el sufrimiento de los hombres, la Pasión por los hombres. El Calvario, hoy, de nuevo, de nuestros días. Ahí está la prueba de Dios, que existe y que ama. Porque ama al hombre que sufre.

Si no hubiese existido esa agonía en la Cruz, la verdad de que Dios es amor estaría todavía por demostrar. Sin embargo, lo ha demostrado. Ése es el amor. Ahí tenemos la prueba de su amor. Su Hijo único, cautivo, muy amado, aceptó sobre sus hombros el trabajo de la salvación. Siervo doliente e inocente que se dejó llevar en silencio al patíbulo, abrumado por el pesado esfuerzo de nuestros crímenes, delitos y pecados. Cordero inocente sin mancha, que cargó con el peso de los pecados de las multitudes, nuestros

pecados. De los míos y de los tuyos. Los de todos, que tanto pesan, fatigan y destruyen. ¡Cuán humano es en este dolor, alejado de todo sueño de grandeza, de poder, y cercano sin embargo de la fragilidad de nuestros naufragios! ¡Qué hermano y amigo en las experiencias diarias de nuestros dolores y sufrimientos, nuestros límites, cargado por los pecados que tienen los hombres, que llega extenuado hasta el lugar de la Calavera, y muere en la Cruz!

Nada en él corresponde al mito del héroe, a las insensatas pretensiones de supremacía de una raza, de un pueblo, un grupo o un poder, que no han dejado de producir a lo largo de la historia tragedias irremediables de violencia, de opresión, de exclusión, de injusticia y de muerte. Clavado en la Cruz, lleno de ignominias y vilipendiado, acusado y herido, destrozado y humillado, agotado, nos ayuda y alienta a no avergonzarnos de nuestros cansancios. A tomar fuerzas con Él y a no renunciar a amar. A esperar cuando el peso del fracaso o la amargura de la prueba parece negar todo nuestro futuro. Nos hace capaces de la esperanza más allá de todo desaliento, para reunirnos con Él. Nos da la posibilidad de Dios, Él que es garante del futuro y de la esperanza que no muere. Esta mañana, cuando con dolor inmenso pasaba ante alguna clínica abortista, me venían las palabras de Jesús en la Cruz: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*. Perdónalos, aunque ahora estén matando a niños, perdónalos, no saben la maldad que todo esto tiene. Perdónalos, di a todos como dijiste al buen ladrón: *“hoy estarás conmigo en el Paraíso”*. Ésa es la esperanza que suscita el Crucificado. En el misterio del Crucificado se realiza ese amor de la forma más radical. La Cruz de Cristo es esperanza única, fuente de todas las bendiciones y causa de todas las gracias.

Vuelvo de nuevo: esta mañana, Jesús ha ido bendiciendo a enfermos, a los que los cuidan, a médicos, enfermeras, familiares. Ha ido bendiciendo a los presos, a los que han muerto y a los familiares

de los que han muerto. Ha ido bendiciendo incluso a los que practican el crimen. Por eso mismo antes de la adoración de la Cruz, de consumir las especies eucarísticas del pan y el vino conservadas desde la Misa de la Cena del Señor, memorial de la Pasión y de la Cruz, elevamos a Dios nuestras súplicas en la plegaria universal por las necesidades de la Iglesia y de la humanidad entera. Para que la gracia redentora de la Pasión y muerte de Cristo se extienda a todas esas necesidades, que se vean inundadas por el amor redentor de Cristo y ese amor redentor suyo las bendiga. Orientemos decididamente la vida hacia una adhesión generosa y convencida a los designios del Padre celestial, renovemos nuestro “sí” a la voluntad divina, como hizo Jesús con el sacrificio de la Cruz. La liturgia nos ofrece la oportunidad de profundizar en el sentido y en el valor de nuestra vocación cristiana, que surge del misterio pascual, y concretizarla en el fiel seguimiento de Cristo. En toda circunstancia, como hizo Él, dar la entrega generosa de nuestra existencia. Lo que hoy celebramos cambia el mundo, renueva el mundo, hace un mundo nuevo. No son los planes y estrategias, a veces necesarios, no son esos planes y estrategias de los hombres. Lo que renueva el mundo es la fe y el amor. La fe y el amor. Hacer memoria de los misterios de Cristo significa hacer una adhesión profunda y solidaria con el hoy de la historia, convencidos de que lo que celebramos es realidad viva y actual. Llamo por tanto en nuestra oración al carácter dramático de los hechos y las situaciones que en estos tiempos están afligiendo a muchos hermanos y hermanas en todas partes, sobre todo por la pandemia que asola el mundo. Nosotros sabemos que ni el odio ni las divisiones ni la violencia ni la muerte ni el dolor tienen nunca la última palabra en los acontecimientos de la historia.

Estos días que estamos celebrando pueden alentar en nosotros la gran esperanza: Cristo crucificado vive, ha resucitado y ha

vencido al mundo. El amor es más fuerte que el pecado, que la muerte, que el odio. El amor ha vencido. Tenemos que asociarnos a esta victoria del amor. Por tanto, hermanos, tenemos que volver a comenzar a partir de Cristo, trabajar en comunión con Él por un mundo basado en la paz, en el amor, en la gracia de Dios y en la justicia. Que este compromiso involucre a todos. Dejémosnos guiar por la que nos fue dada como madre al pie de la Cruz, María, que acompañó al Hijo divino por el camino de la Pasión y de la Cruz, y que participó con la fuerza de la fe en la aplicación de su designio salvífico. Juan la recibió en su casa, el discípulo. Nosotros también la recibimos en nuestra casa. La queremos de verdad, ¡querámosla aún más todavía! Esta mañana, al finalizar esta visita del Señor por los lugares de dolor y de sacrificio, llegamos a la Basílica de la Virgen. Se abrieron las puertas y apareció nuestra madre, la que nos fue dada como Madre de los Desamparados, abriendo la esperanza a todos los valencianos y a todos nosotros a que, como ella, pidamos siempre que se haga la voluntad del Señor. Y la voluntad del Señor es amar a los hombres, perdonar y traer la paz y la salvación al mundo entero. Que ella nos ayude. Así sea.

V

HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO

VIGILIA PASCUAL

Santa Iglesia Catedral
Valencia, 3 de abril de 2021

Es verdad; acabamos de escucharlo: el sepulcro donde ha sido depositado el cuerpo muerto de Jesús está vacío y lo estará para siempre. “No os asustéis; dice aquel joven a María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, ¿buscáis a Jesús el Nazareno, el Crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde le pusieron”. Exultemos todos de gozo y cantemos con toda la Iglesia el triunfo de Cristo, la victoria de Dios, la salvación de los hombres: Han sido rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo. “Pascua sagrada, ¡victoria de la cruz! La muerte derrotada, ha perdido su aguijón”. Su aguijón era el pecado. Y el pecado ha sido borrado por la muerte de Cristo: “¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiésemos sido rescatados? Si Cristo no hubiera Resucitado. ¡Feliz culpa que mereció tal Redentor!”.

“¡Qué noche tan dichosa!”, acabamos de cantar. Es la noche de la que estaba escrito: “Será la noche clara como el día, la noche iluminada por mi gozo”. Desde que el cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado, se enciende en la tiniebla de la noche y el sacerdote canta: “¡Oh luz gozosa de la santa gloria, del Padre celeste e inmortal! ¡Santo y feliz Jesucristo!”, empieza el tiempo de Pascua, se desborda el amor de Dios sobre la humanidad entera en su Hijo Jesucristo. Un gran aleluya, como acabamos de cantar, un inmenso gozo inunda la Iglesia.

Esta es, hermanos, nuestra sobrehumana certeza, la fausta noticia, el anuncio feliz que atraviesa y renueva la historia del mundo entero. Sabemos que ¡Cristo ha resucitado! ¡Sí! ¡Nuestro Señor Jesucristo ha resucitado de la muerte y ha inaugurado una nueva vida para sí y para la humanidad entera! El testimonio apostólico, es bien claro y patente: Jesús, el Crucificado y Sepultado por orden de las autoridades romanas de Jerusalén, volvió a la vida en toda la integridad de su condición humana al tercer día después de muerto, el domingo, el primer día de la semana judía. Volvió a una vida real,

verdadera, con una dimensión histórica indudable; es más, volvió con alma y cuerpo a una vida mucho más real y verdadera que la sometida a las condiciones de la existencia humana. Volvió sencillamente a la vida —la de Dios—: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Retornó al Padre; pero llevando consigo su humanidad, que es la nuestra. “Lo sabemos con una fe cierta, objetiva, verdadera: el hombre está llamado irrevocablemente no sólo a vencer en su cuerpo la corrupción del sepulcro en el día final, sino ya, desde ahora, a vencer la muerte eterna por la participación en la vida íntima de Dios”. Es, en definitiva, porque Cristo Resucitado ha abierto de par en par las puertas del Cielo al hombre, por lo que éste se encuentra ya en raíz capacitado para vencer la muerte temporal. Con qué alegría y con qué gratitud la Iglesia entera y nosotros hijos humildes de la Iglesia, dentro de ella reconocemos que hemos sido salvados. “¡Qué asombroso beneficio del amor de Dios por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad la suya!”. Toda la historia, la salvación de los hombres ha estado conducida por un prodigio único: Dios ha amado, Dios ama a los hombres, Dios quiere al hombre y que el hombre no perezca ni sucumba bajo la muerte. Es la maravilla de la misericordia de Dios, de Dios cuya bondad es infinita y cuya benevolencia no tiene término ni fin. La misericordia de Dios ha arrancado al hombre de su honda miseria. Con un amor indecible Dios ha querido salvar a la humanidad: para rescatar al esclavo, ha entregado al Hijo, y el pecado del hombre ha sido borrado y vencido por la muerte y la resurrección de su Hijo.

Esta es, queridos hermanos, la gran esperanza para la humanidad toda. No tengamos miedo. Porque Cristo ha resucitado, la causa del hombre no sólo no se ha perdido, sino que ha hallado su verdadero sentido, su auténtico progreso, su real cumplimiento. A partir de lo que celebramos presente en esta noche santa, en la que alborea la Luz de las gentes, la esperanza del hombre recobra su

más firme y seguro fundamento.

No es un sueño, no es una utopía, no es un mito. Es el realismo evangélico. Y sobre este realismo, los creyentes fundamos nuestra concepción de la vida, de la historia, de la civilización, de la sociedad, de la ciudad terrena, a la que nuestra esperanza trasciende. Al hombre, marcado por la cultura dominante, le molestan estas afirmaciones, tan claras, tajantes, hechas sin vacilación alguna. Le gustaría que en público no sonase la voz que anuncia, alegre y esperanzada, la resurrección, y la vida, y el amor inmortales. Quisiera expulsar de la vida pública todo lo que no sea lucha por el poder, el tener o el disfrutar a toda costa, y dejar en lo íntimo de la conciencia y para unos grupos marginales las razones últimas vivir y esperar. Los cristianos seguimos nuestra esperanza en Cristo resucitado, porque es verdad: ha resucitado; esta es nuestra certeza y de ella damos testimonio. Lo hacemos sin jactancia, porque tanto la resurrección como la esperanza son pura gracia del amor de Dios. Quisiéramos que todos participaran de nuestra esperanza, esta esperanza que, en nosotros, ya se ha hecho vida por el Bautismo.

Esta noche santa está ligada al Bautismo, por el que resucitamos con Cristo a una vida nueva por el Bautismo, en efecto, morimos al pecado “de una vez para siempre”, y nuestro vivir comienza a ser un vivir nuevo, “un vivir para Dios, en Cristo Jesús”. Para el bautizado comienza a ser realidad cierta que su vida, es Cristo, porque su vivir es un vivir en Cristo y desde Él; comparte su misma vida con Él la vida divina de Cristo glorificado, está unido a Él por una resurrección como la suya. El gozo del Bautismo es el gozo de una vida llamada a vivir la perfección en el amor, el gozo de una vida santa. Damos gracias a Dios, porque con Cristo nos ha hecho resucitar, y nos da la vida por el bautismo, damos gracias a Dios, que nos da la vida por el bautismo y nos hace vivir una vida nueva, esa vida nueva que surge también en nuestro mundo, una humani-

dad verdaderamente nueva, con la novedad nueva del bautismo y con la novedad de la fe que nos conduce a las aguas bautismales. Que Dios nos conceda vivir esta fe que estamos profesando en esta celebración gozosa, llena de esperanza, no sin dificultades, pero que las dificultades no tienen la última palabra; la última palabra la tiene Cristo que ha vencido a la muerte, y toda realidad que tiene amenaza de muerte, que ha vencido la realidad del pecado y nos hace vivir sin desaliento, no cabe el desaliento hermanos, no cabe el desánimo, en este mundo demos testimonio de la resurrección de Cristo, demos testimonio de la vida nueva que nos ha hecho posible la resurrección de Cristo. Proclamemos esta fe que vence al mundo, que llene este mundo, verdaderamente de vida nueva, seamos hombres y mujeres de alegría, a los discípulos se les notaba su alegría, también en nosotros se debe notar esa alegría de haber recibido el amor de Dios, que ha resucitado a Cristo de entre los muertos y nos llama a participar de esa vida nueva, eterna, en Cristo resucitado. Que así sea.

VI

HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO

PASCUA DE RESURRECCIÓN

Santa Iglesia Catedral
Valencia, 4 de abril de 2021

Queridos hermanos sacerdotes, queridos todos hermanos y hermanas en el Señor.

Jesús padeció y murió como todos los demás hombres, en el instante de su expiración, sufrió la soledad amarga de la muerte y descendió hasta los límites mismos de la nada, al lugar de los muertos. No solo murió, sino que estuvo muerto, compartiendo así el destino de los muertos, Jesús bajó al lugar de los muertos para que oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan. Su solidaridad con la debilidad humana más extrema ha traído consigo la de victoria definitiva con las fuerzas del mal sobre la muerte. Ha destruido las puertas y los cerrojos de la muerte ha derribado la cárcel del abismo, ahí ha proclamado su palabra más potente, en la Cruz nos lo ha dicho todo y en la resurrección todo queda iluminado y trasfigurado.

En el silencio de la noche, silencio de Dios aconteció la resurrección de Jesús tal y como lo había dicho Jesús. Así la Iglesia canta jubilosa en la vigilia pascual, que noche tan dichosa, solo la noche conoció el momento en que Cristo Resucitó de entre los muertos. Solo Dios fue testigo, nadie más que Dios fue testigo de este momento que cambio súbitamente la decepción y la desesperanza de los discípulos, los cuales congregados de nuevo y hasta el día de hoy, han creado un rio incontenible. Dios resucitó a Jesús, es verdad. Cristo ha resucitado de entre los muertos; con su muerte venció a la muerte, a los muertos dio la vida, este es el núcleo de la verdad de nuestra fe, fundamento para la esperanza, la victoria sobre la muerte, aunque parezca lo contrario, supremo poder sobre la tierra porque la muerte ha sido vencida. “Cristo ha resucitado”.

Hemos escuchado en la secuencia de Pascua “lucharon vida y muerte en singular batalla, y muerto el que es la vida, triunfante se levanta, resucitó de veras mi Amor y mi esperanza”. Vieron y creyeron, hasta entonces no habían comprendido las escrituras, ni que habría de resucitar de entre los muertos, es más la fe de los apóstoles en Jesús, el Mesías esperando, había sufrido una dura prueba

por el escándalo de la cruz, durante la detención y muerte de Jesús, se habían dispersado, ahora se encontraban de nuevo juntos, pero desorientados, dispuestos a marcharse, nosotros como Pedro, Juan y la Magdalena, también nosotros creemos que Cristo ha resucitado y volvemos al centro de nuestra fe. No tengáis miedo, dice el Ángel a las mujeres al acercarse para ungir el cuerpo de Jesús: no tengáis miedo, buscad a Jesús el crucificado, no está aquí. La piedra con la que querían sepultar para siempre ha sido removida, ha resucitado según lo había dicho. Este es el gran anuncio a los cristianos de hoy, los hombres de todos los tiempos y lugares, las crueldades de los esbirros de la crucifixión no han podido retener la fuerza del amor infinito de Dios, que se ha manifestado sin reservas en la misma cruz. Los lazos crueles de muerte con los que han querido apresarle para siempre han sido rotos para siempre no han podido con él. No busquemos entre los muertos al que está vivo, *Ánimo*.

Yo he vencido al mundo, dice Jesús, no retrocedamos al sepulcro, al viernes o sábado, al sepulcro de nuestro Dios y la muerte del hombre. En los años setenta se difundió la teoría de la muerte de Dios, retrocedía al sepulcro, pero también el hombre moría e la teoría nietzschesiana. La resurrección de Jesús nos da la certeza de que verdaderamente existe Dios y que es el Dios de los hombres, que ama a los hombres, existe el Padre de Jesús que ama a los hombres y vive el hombre también. La resurrección de Jesucristo es la revelación suprema, la manifestación definitiva a aquella pregunta de que quien reina verdaderamente: la vida o la muerte. El mensaje de la pascua es: Dios existe, no ha muerto y aquí comienza a intuir y queda de manifiesto saber lo que significa ser salvado, lo que significa que es el hombre, saber porque la Iglesia cada año canta un Aleluya casi infinito, ese júbilo que no acaba porque es demasiado grande y no caben palabras.

Este es el día en que actuó el Señor sea nuestro gozo y nuestra

alegría; es nuestra alegría y nuestra esperanza inquebrantable, la alegría y esperanza para todos, para cada uno de los hombres, crean o no crean en Él. Hermanos hay un futuro para el hombre nada hay inexorable o irremediable, todo puede ser renovado, todo puede ser salvado, incluso aquello que nos aflige. Todo puede ser nuevo con una novedad inédita y luminosa. Todo puede ser renovado, edificado, hecho o reconstruido, lleno de vida plena; con una respuesta. En Cristo resucitado la luz sobre el odio, es en Cristo donde está la victoria y de nuevo nos llama con Él y desde Él también nosotros vivamos la victoria de Cristo.

¡Aleluya!, hermanos, si hoy nos amamos es que resucitó de veras. Pascua de resurrección, todo queda iluminado, todo queda salvado, si no existiera la resurrección, la vida de Jesús terminaría con el viernes santo, Jesús se habría corrompido, sería alguien que existió una vez, alguien del pasado, no actual ni vivo; no significaría que Dios interviene en la historia, en este mundo entero, en nuestra vida y nuestra muerte, todo ello querría decir que el amor es inútil y vano, una promesa vacía; que no hay tribunal alguno y que no existe la justicia. Que los poderosos e injustos tiene razón y no los pobres, los sencillos, los pobres, los desvalidos, los sin voz. Que solo cuenta la fuerza, el poder y el éxito, que tiene razón los astutos, los que no tienen conciencia. Muchos hombres y no solo los malvados querrían que no hubiese tribunal alguno y menos un juez supremo, último, juez de vivos y muertos, juez definitivo, pues confunden la justicia con un cálculo mezquino, uno que interesa a los propios intereses, confunden el pecado con la virtud, que se apoyan más en la fuerza que en la razón, en el miedo que, en el amor, se empeña la persona en desaparecer, en el miedo a la pascua, detenerse en el viernes o en el sábado, en el silencio de Dios, en el olvido de Dios, en una huida semejante, hacia atrás y no mera a la salvación, al futuro, la luz, la paz, sino la tristeza de quienes pusieron en peligro la

justicia de Dios y por ello desean que no exista, verlo como un mito o fabula. La esperanza en la resurrección nuestra tras la muerte, una esperanza del aquí y ahora que nos aprisiona y mata, una cultura de muerte. Por todo esto, con alegría y esperanza ir hacia Cristo Señor, la Esperanza y el Amor, la vida y la luz, la paz, la libertad que llena de alegría inimaginable. Sin Cristo no la alcanzaremos, sin Él no hay luz, no hay salvación, todo se acaba, Él es nuestro único Redentor, la piedra angular que necesitan los hombres para construir este mundo. Él es el único que abre la meta y recorre el camino, el camino que nos conduce a esa meta. Debemos seguir su camino y alcanzarle con el auxilio de la gracia, liberarnos de tantos que nos acosan, acompañados y animados de la mano de su Madre, nuestra Madre bendita, Madre de los Desamparados, Madre de la Iglesia, su Iglesia. Hermanos, como hemos escuchado a San Pablo en la segunda lectura de hoy: “Ya que hemos resucitado con Cristo y por el bautismo, busquemos los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha del Padre. Aspiremos a los bienes de arriba, no a los de la tierra”, aspiremos a una vida santa, en no contentarnos con una vida mediocre, anunciemos y testifiquemos una vida nueva, de resucitados y construyamos una humanidad nueva, con la novedad del bautismo y la vida conforme al evangelio.

Feliz Pascua de Resurrección a todos vosotros y a vuestras familias. Que así sea.

CARTAS

I

CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«HEMOS CREÍDO EN EL AMOR»

(4 de abril de 2021)

Ante lo que nos está sucediendo en España –por ejemplo, el crimen o asesinato del aborto provocado, legal y auspiciado como planificación o salud reproductiva, tras el que se promocionan grandes ingresos económicos o negocios sin escrúpulos de las clínicas dedicadas a practicar tales asesinatos; o también la legalización de otro crimen como el que lleva consigo la eutanasia legalizada, recibida por algunos parlamentarios españoles como un aplauso de logro o de victoria, ¡vergonzoso aplauso! por el que debería caerse la cara de vergüenza de los que provenía tal aplauso; o la lucha por el poder utilizando abusivamente la política y ensuciando su nobleza; o la descalificación ¡increíble!, desconsiderada, desvergonzada o al menos sin educación, por parte de la responsable del ministerio del ramo, de un padre parlamentario con una hija con un determinado síndrome; o el olvido del bien común y sustituido con los datos estadísticos hábilmente manejados; o la implantación de ideologías deshumanizadoras que se van imponiendo con un pensamiento único donde está ausente la persona humana, la verdad y la libertad en

la verdad y promoviendo una cultura de la muerte y del odio, a lo que se está acostumbrado así a una sociedad insensibilizada y que lo aguanta todo, inerme, y todo esto en tiempos de la pandemia del coronavirus—... En medio de todo esto, ¿hay alguna respuesta? Sí la hay, se nos ofrece y la tenemos al alcance de la mano, desde hace más de veinte siglos y nos la muestran sus testigos a los que es tan sensible nuestro mundo de hoy. Sé que me van a tildar cuando menos de fundamentalista y me van a llenar de desprecios, pero no me importa cuando, sencillamente, con humildad y verdad, con libertad me atrevo a referirme a esa respuesta y ofrecerla a todos. Me refiero a la respuesta que encontramos en lo que constituye el núcleo, la esencia, la novedad del hecho cristiano, válido para todos y no excluyente ni pretencioso, concierne a todos, es válido y decisivo a todo hombre y a la comunidad humana en cuanto tal, lo que está en el fundamento: El amor, la verdad que se realiza en el amor. Esa sencilla y breve palabra que parece haberse convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes.

Ésta es la clave de todo: el amor, el amor cristiano. Dirá el Papa Benedicto XVI en su encíclica sobre el amor, “Dios es amor”: “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. De esto me ofrecía, con humildad, alegría y gozo de vivir, un testimonio real y de experiencia personal y viva el pasado sábado la otrora enfermera proabortista María Himalaya, renacida de nuevo, convertida en nueva criatura por un encuentro con Jesús, que vive y ama, y llena de amor y esperanza que capacita para amar y luchar por una nueva civilización del amor, una humanidad nueva hecha de hombres y

mujeres nuevos con el fundamento del amor, de la verdad del amor que nos hace hermanos.

No es una idea, no es un conjunto de valores, no son las soluciones de la ciencia y de la técnica, dirá Benedicto XVI en su aludida encíclica, las que nos salvan y sean capaces de responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo, sino un acontecimiento, una Persona, en quien hemos conocido el amor: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en Él tengan vida eterna” (Cf. *Jn* 3,16); ahí, en Él, se esclarece la verdad de Dios y la verdad del hombre y se nos descubre la grandeza de ser hombre y de nuestra vocación de hombres (Cf. *GS* 42).

Ante un mundo tan falto y necesitado de amor —a la vista está— como es el nuestro, con tan grandes problemas de humanidad, Benedicto XVI dirá con toda sencillez y libertad que “el amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros” (n. 2). A partir de ahí y en ese Amor que se ha hecho hombre, el Papa nos muestra que la equivocidad con que se utiliza en nuestros días el término “amor” y a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, y de las ideas o concepciones abstractas sobre él, el amor, en último término es uno sólo: el amor de Dios encarnado, donde radica, a su vez, la originalidad misma del cristianismo.

No consiste esta originalidad o novedad en “nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito” (n. 12). Por eso, añadirá “poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan, ayuda a comprender quién es Dios y lo que es el hombre: Dios es amor, el hombre, todo hombre, aun el más perverso y desgraciado, es amado por Dios hasta el extremo. Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir qué es el amor.

Y desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (n. 12), en el que, en modo alguno, son separables el amor de Dios y el amor a los hombres, como dan testimonio los santos, enseña de la verdad del hombre, como podíamos comprobar en Valencia en el testimonio real y verdadero de María Himalaya y de tantos y tantos, que como ella han podido encontrarse con el amor. “No se trata ya, dirá el Papa, de un ‘mandamiento’ externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor” (n. 18).

He ofrecido estas reflexiones, precisamente, en la semana que nuestras miradas se dirigen a la Cruz, en ella encontramos la verdadera sabiduría, que cambia el mundo. Ahí está el futuro y la esperanza para una Humanidad que de nada está tan necesitada como del amor. Esto sí que es la base para un nuevo orden mundial: el amor del Crucificado que rechaza, sin embargo, el Nuevo Orden Mundial que intentan los poderosos, los más poderosos y dominadores del mundo, los que aparentemente triunfan y tiene éxitos, y aquellos que sin llegar a tanto poder asumen sus actitudes que son obras y engaños del príncipe de la mentira que intenta devorar al hombre.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

II

CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«¡¡RESUCITÓ DE VERAS!!»

(11 de abril de 2021)

“¡Este es el día en que actuó el Señor; sea nuestra alegría y nuestro gozo!”, repetimos una y muchas veces en estos días de pascua con particular emoción y estremecimiento, porque: “Es verdad, ¡Cristo ha resucitado!”. “Lucharon vida y muerte/ en singular batalla/ y, muerto, el que es la vida, / triunfante se levanta... ¡resucitó de ¡veras/ mi amor y mi esperanza!” (secuencia pascual) . Ésta es nuestra fe; ésta es nuestra victoria la fe de la Iglesia que vence al mundo, la que derrota al mal y a la muerte. La resurrección de Jesús de entre los muertos es el acontecimiento culminante en que se funda la fe cristiana, la base última que la iglesia tiene para creer, el fundamento para su esperanza, la raíz de un amor que se entrega todo por encima de los poderes de muerte. La fe cristiana es fe en la persona de Jesús; y esa fe depende del acontecimiento del hijo de Dios “venido en carne”, crucificado, y de su resurrección de entre los muertos.

Muchos hoy están fascinados por Jesús, como hombre libre, como fiel a Dios y a sí mismo hasta la muerte, como hombre enteramente para los demás, como profeta de un mundo más justo y fraterno. Pero no admiten su Resurrección. Entonces Él no sería el salvador, no nos habría redimido ni rescatado de los poderes de la muerte y del pecado; no nos habría salvado. Continuaríamos en la

soledad, cargados con el pesado fardo de nuestra miseria sin poder deshacernos de él, encima, con la terrible tarea, imposible de alcanzarla por nuestra parte, de liberarnos de la muerte y alcanzar la vida para siempre. No habría salvación para el hombre.

Si Jesucristo no ha resucitado, entonces Él no pasa de ser un mártir ejemplar; lo bueno quedaría en Él, pero nosotros seguiríamos igual: inmersos en la miseria del pecado y del mal y presos en el dominio de una muerte con la que todo quedaría acabado. La esperanza humana sería una pobre esperanza, una mera resignación, una esperanza limitada a unos bienes o a un recuerdo, nada más; la muerte continuaría dominando de manera inexorable. Sin la Resurrección, el Crucificado no nos salva; y la Iglesia, y nosotros, con ella, no tendríamos más que decir que nuestra predicación es absurda y que nuestra fe carece de sentido. Pero es más, es que también la vida carecería de sentido. Porque, ¿para qué amar, trabajar, casarse, luchar, esforzarse, si no hay resurrección? Todo sería vanidad, vacío, ilusión. No habría esperanza.

Por eso, me estremecía y me estremezco por dentro al observar cómo se está diluyendo, debilitando o perdiendo esta fe en la resurrección. Es algo que no puede dejarnos tranquilos a ninguno de nosotros que creemos en Jesucristo. Nos urge y nos apremia anunciar a Cristo que ha resucitado de entre los muertos. Sobre esta verdad, sobre esta piedra angular se asienta todo y sin ella no hay posibilidad de edificar la humanidad. No podemos silenciarla. Es la gran alegría para todo el mundo, la gran esperanza que los hombres necesitan para poder arrastrar el futuro y fundamentar la vida. Ésta es la gran verdad que todo hombre requiere para hallar razones que le impulsen a vivir con sentido y a amar con toda la fuerza del corazón, sin reserva alguna.

Pero no olvidemos que el que ha resucitado es el que ha sido

crucificado. “Ved los agujeros de los clavos en mis manos y en mis pies; ved el costado abierto”, le dirá Jesús a Tomás que no acababa de creer que había resucitado. Y es que Cristo, el Resucitado, sin la cruz y sin la concreción histórica de Jesús, sería solamente un mito fácilmente manipulable, una estéril proyección de nuestras aspiraciones, un fantasma o un ideal que se crea conforme a los usos o situaciones del momento.

Con el Crucificado-Resucitado se hace presente de verdad el Señorío de Dios, su Reino. Aquello que se había iniciado en la vida pública de Jesús, anuncio y promesa de que el Reino de Dios había llegado, y que parecía anulado después con su muerte, eso aparece ahora con nueva y poderosa eficacia y realidad. Dios, en efecto, está y es verdaderamente cercano a los pobres, a los pecadores, a los enfermos, a los fracasados de la historia, a los muertos sepultados en la tierra. Su amor creador y fiel va a llevar a cabo las esperanzas más profundas del hombre : que el hombre viva, que el hombre viva en plenitud, que el hombre viva para siempre, que el hombre alcance la felicidad y la dicha supremas que sólo Dios, el Amor infinito puede dar y colmar. Por eso la Iglesia proclama, con todo lo que es y con toda su voz, que Cristo ha vencido a la muerte, que Él, que ha muerto en la Cruz, revela la plenitud de la Vida y nos ha traído la Vida, vida eterna. ¡Qué alentador es esto cuando estamos todavía inmersos en el tiempo de la pandemia, en medio de una cultura de muerte y de un silencio grande de Dios al que el hombre de la secularización parece recluirlo, con reminiscencias de Nietzsche que proclamó aquel grito terrible: ¡“Dios ha muerto”!

Nuestra época parece empeñada en la “muerte de Dios”, vivida en esa experiencia tan amarga y desertizante de una aparente ausencia de Dios, o reflejada en la vivencia de que lo cubre la tumba, de que ya no despertará ni hablará nunca más, de tal suerte que ya no hará falta combatirlo, sino simplemente olvidarlo. Tal parecía ser

la experiencia de aquellos dos discípulos del Evangelio, cariacontecidos y desalentados, que caminaban sin esperanza alejándose de Jerusalén, en huida, hacia la aldea de Emaús. Todo parecía quedar en entredicho, tanto la figura de Jesús de Nazaret, como el anuncio del Reino de Dios que Él había hecho vinculado a su persona; todas sus pretensiones parecían desmentidas.

“Los sobresaltados discípulos iban hablando de la muerte de su esperanza. Para ellos había ocurrido algo semejante a la muerte de Dios: se había extinguido el punto en el que Dios parecía haber hablado. El Enviado de Dios había muerto; todo es completo vacío. Nada responde ya. Sin embargo, mientras hablaban de ese modo de la muerte de su esperanza, de que ya son incapaces de ver a Dios, no perciben que la esperanza está viva en medio de ellos”; que Cristo, esperanza nuestra, vive, sale a su encuentro, comparte su camino y sus angustias. Les habla y su corazón renace a la esperanza. Les reparte el pan, les entrega su amor y su vida. Y todo cambia, su vida se llena de luz, de verdad, de esperanza y van a contarle qué les ha sucedido en el camino. Dejan de huir al vacío de la desesperanza; dejan de separarse de los hermanos, para volver a ellos y comunicare con ellos, llenos de alegría.

Este mundo de hoy, pues, que parece querer la muerte de Dios, el silenciamiento de Dios, su confinamiento al sepulcro y al olvido, su expulsión de nuestro mundo al mundo de los muertos, necesita abrirse a Cristo, encontrarse con Él, escuchar el mensaje de la Resurrección, abrirse a Él, detenerse y pensar que si Dios ha muerto, que si Cristo no vive, también para el hombre se le cierra toda esperanza. La muerte de Dios puede comportar, está comportando, desgraciadamente la muerte del hombre, el olvido del hombre.

“Cristo ha resucitado para que el hombre encuentre el auténtico significado de la existencia, para que el hombre viva en plenitud su propia vida, para que el hombre que viene de Dios, viva en Dios.

Cristo ha resucitado. Él es la piedra angular. Ya entonces se quiso rechazarlo y vencerlo con la piedra vigilada y sellada del sepulcro. Pero aquella piedra fue removida. Cristo ha resucitado. No rechazéis a Cristo vosotros, los que construís el mundo humano. No lo rechazéis vosotros, los que, de cualquier manera y en cualquier sector, construís el mundo de hoy y de mañana; el mundo de la cultura y de la civilización, el mundo de la economía y de la política, el mundo de la ciencia y de la información (el mundo de la familia y de las relaciones sociales, el mundo del trabajo y el del comercio, el mundo del ocio o de cualquier espacio humano donde el hombre se construye y desarrolla su vida), no rechazéis a Cristo. Él es la piedra angular, sobre la que se construye la historia de la humanidad entera y la de cada uno de nosotros. Que no lo rechace ningún hombre, porque cada uno es responsable de su destino; constructor o destructor de la propia existencia” (San Juan Pablo II, Mensaje de Pascua, 1980).

Abramos de par en par nuestras puertas a Cristo, al Redentor que vive. No tengamos miedo. Acojamos a Cristo resucitado en nuestras propias vidas. Y seremos hombres nuevos y se alumbrará una nueva primavera para la Iglesia y para el mundo, se abrirá paso una nueva humanidad hecha de hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida conforme al Evangelio de la Resurrección. Acojamos a Cristo, el Amor que ha triunfado sobre el odio y vive para siempre, y será posible una civilización del amor, una nueva cultura, la cultura de la solidaridad y de la vida. Exultemos porque se nos ha abierto para todos los hombres la gran esperanza del gran Día en que actuó el Señor. Avivemos nuestra fe y nuestra esperanza en Aquel, Cristo, que ha roto la tiranía de la muerte y ha revelado la fuerza divina de la Vida. Él es el único nombre en el que podemos ser salvos. Él es nuestra esperanza. Los discípulos “vieron y creyeron”, se encontraron con Él en el camino de la vida, le reconocie-

ron al partir el pan, en su amor entregado por nosotros. Y fueron a contar lo que les había pasado en el camino. Ellos dan testimonio. Nosotros creemos y estamos en comunión con el testimonio de los apóstoles, testigos vigilantes que anuncian con palabra poderosa lo que era en el principio, lo que vieron de cerca sus ojos y lo que sus manos tocaron y palparon acerca del Verbo de la vida. Creemos y trasmitimos lo que hemos visto de ellos, testigos oculares. Después de morir y quedar sepultado, al tercer día, realmente, Jesús fue liberado de los lazos de la muerte y del sepulcro, y devuelto a la vida por el poder de Dios su Padre, para no morir jamás. La muerte, el odio, la injusticia han quedado heridas de muerte de manera definitiva. Cristo ha resucitado y nosotros con Él. En Él está la esperanza de nuestra feliz resurrección.

Tal es la luminosa certeza que celebramos estos días de Pascua. Ella llena de esperanza toda la historia de la humanidad, también la nuestra, la de cada uno de nosotros. Ella colma y sobrepasa todo anhelo de plenitud y de vida. En esa verdad se asienta la vida del hombre y nuestra fe, como sobre piedra angular. Por ello no podemos silenciar este hecho, porque es la gran alegría para todo el mundo, la gran esperanza que los hombres necesitan para poder arrostrar el futuro y fundamentar la vida siempre en la esperanza de la victoria del bien y del amor. Ésta es la gran verdad que el hombre requiere para hallar razones que le impulsen a vivir con sentido y a amar con toda la fuerza de su corazón, sin reserva alguna. ¿Cómo no exultar de gozo?

Señal inequívoca del triunfo del amor de Dios

Sólo en Cristo resucitado resplandece de manera radiante y sin ocaso la luz que disipa toda oscuridad que se cierne amenazadora sobre el hombre, como es el desaliento, el desencanto, el escepti-

cismo o el miedo al futuro. Sólo en Cristo, resucitado y triunfador de la muerte, resplandece esa plenitud de vida, de felicidad y de gloria para la que fuimos creados. Él es el anticipo vivo del destino final al que el Padre nos llama a todos, y especialmente a los que se encuentran más identificados con el camino del dolor, de la pobreza y de la cruz. Muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando nos dio nueva vida. En la resurrección de Jesucristo el hombre ha sido llamado a la dignidad más grande.

Aquí está la esperanza universal. El Resucitado no se aleja de nosotros, el Resucitado vuelve a nosotros. Él va a todas partes, a donde más se le espera, a donde mayor es la tristeza y el miedo, a donde mayores son las desgracias y las lágrimas. Él viene para irradiar la luz sobre todo aquello que está envuelto en las tinieblas del pecado y de la muerte. Cristo vivo, Cristo resucitado, Cristo Señor y vencedor del pecado y de la muerte, nos invita a todos nosotros, con un respeto exquisito a nuestra libertad, a que confiemos en Él, que vive, y a que vayamos tras Él. En Él encontraremos, con creces, sobrepasado, lo que buscamos; la felicidad, la vida, la inmortalidad, Dios, en definitiva. Él es el camino para llegar hasta Dios. Recorrer el camino que lleva a esa plenitud es recorrerlo con Él. Porque no hay otro camino. Nosotros necesitamos a Cristo para poder recorrer los caminos de la vida. Cristo necesita de vosotros para seguir acá presente en medio de los hombres. Cristo sale a nuestro encuentro y nos envía, como a los primeros discípulos, a ese amplio mundo, el nuestro de hoy, que necesita del Evangelio, que necesita de curaciones, que necesita de pan, que necesita de consuelo y de esperanza, que necesita de paz. Él nos manda a que vayamos, sin miedo, a la tierra de misión, simbolizada en la “Galilea de los gentiles”, para que, con obras y palabras, le anunciemos a los hombres y demos testimonio de Él con nuestras vidas: porque la mejor prueba de que Cristo ha resucitado es que Él vive y actúa en nosotros. Y la mejor prueba de que vive es que existen hombres y mujeres, comunidades

de cristianos, que viven de su vida y de su amor, personas que, en su vida, aseguran de verdad al mundo que es posible morir y resucitar.

La resurrección de Cristo es el triunfo del amor de Dios, la señal inequívoca de que Él ama de manera irrevocable al mundo, de que “el hombre es amado por Dios”; por eso, “la palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti; para ti, Cristo es el camino, la verdad y la vida” (San Juan Pablo II).

Por las circunstancias especiales en que nos encontramos, el encuentro con el Señor resucitado no puede dejar de traducirse en un anunciar de nuevo el Evangelio, de un modo parecido a como se anunció en los primeros tiempos del cristianismo. El anuncio de entonces fue un anuncio alegre y victorioso, porque los discípulos se sintieron arrebatados por una profunda alegría, al contemplar, el día de Pascua, la gloria del Señor resucitado. Nuestra sociedad tiene necesidad de evangelizadores, pero no de evangelizadores tristes y desalentados, amargados, impacientes o ansiosos, sino de servidores del Evangelio, de testigos del Resucitado, que irradian amor, alegría y paz en Cristo Jesús.

Testigos que irradian paz, porque la paz es el saludo y la enseñanza del Resucitado. Esa paz que el mundo no puede dar; esa paz que está tan rota y maltratada en rincones de la tierra con la crueldad de la guerra, de la violencia o del terrorismo; esa paz que se ve tan amenazada por las desigualdades tan clamorosas entre los hombres, por la crueldad con que es inculcada la dignidad humana reiteradamente, o por los sufrimientos de los que carecen incluso de lo mínimo y estrictamente necesario para poder sobrevivir o están amenazados por el hambre, la miseria, el odio o la venganza. Testigos de paz en nuestra sociedad, buscando la unidad por encima de todo, restañando con el diálogo y la mano tendida toda división, haciendo cuanto esté en nuestra mano para que todos puedan vi-

vir una vida digna como corresponde a los hijos de Dios, por los que Cristo ha muerto y ha resucitado: esforzándose sin cesar en la defensa del derecho a la vida, en la defensa y proclamación de la verdad, en la promoción de la justicia y en el desarrollo efectivo a todo hombre. Nuestro mundo necesita de la presencia de la paz y de la victoria de su espíritu, necesita del amor y de la misericordia de donde verdaderamente surge y en donde se asienta. Los hombres y las mujeres, los jóvenes, los ancianos y los niños, las familias y la sociedad entera necesitan de la paz y de la reconciliación. Cristo resucitado es nuestra reconciliación y nuestra paz. Llevemos a todos esta paz. La paz del Resucitado.

A esto debe conducirnos el Sínodo Diocesano y el año Jubilar eucarístico del Santo Cáliz de la Pasión.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia



CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«ESPERANZA Y MISERICORDIA»

(18 de abril de 2021)

Han pasado los días de la Semana Santa y los de la Pascua. Han pasado muchas cosas, siguen pasando muchas y graves cosas: la pandemia del Covid sigue ahí, con menos fuerza, tal vez –eso qui-

siéramos—, pero sigue, y los miedos y temores, las tribulaciones y los sufrimientos, las pruebas y las heridas abiertas del Crucificado, en quien tenemos nuestra actual pasión, compartida por Él por puro amor, continúan; y al mismo tiempo continúa irrevocable la esperanza que trae el Resucitado, vencedor de toda muerte y de toda destrucción. ¡Cuánta necesidad tenemos de esperanza que obra en nosotros la misericordia divina! ¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene nuestro mundo, la tenemos todos, nuestro mundo contemporáneo!

Donde dominan el odio, las estrategias del mal sin importar ni bien común, ni bien de las personas, donde prima el interés propio o del grupo por encima de cualquier otra consideración razonable, o donde prevalece la lucha por el poder, el prestigio, la mentira y el engaño, el dominio, la sed de venganza, la falta de concordia o la despreocupación por ella, donde imperan el miedo o las tiranías redivivas, donde la guerra y el hambre conducen al dolor y la muerte de inocentes en tantos lugares, donde la carrera armamentística no disminuye sino que se agranda amenazante, donde el terrorismo y el narcotráfico, el exilio, la marginación, y la pobreza agrandada, el acoso a la familia, el desentendimiento de los más pobres se acrecienta, como se acrecienta el número de los parados y los sin techo, y donde lejos de disminuir está aumentando la pseudo cultura de la mentira, el relativismo, la negación de la verdad o su reducción a lo técnico, práctico o “científico”, donde se están segando tan cruel como indigna, injusta y despiadadamente tantas vidas humanas por el aborto “legal” o la aprobación de leyes eutanásicas que no respetan la vida humana ni la dignidad de la persona, y donde no se está favoreciendo la ética del cuidado, el acompañamiento o los cuidados paliativos justos, donde se está caminando por sendas de secularización y laicismo que olvidan a Dios y rechazan su reconocimiento y obediencia, donde se están propiciando, de manera

taimada, tan suicida, sin futuro y sin salida, la soberbia que piensa en el hombre como dueño absoluto de todo, y, al mismo tiempo, los siete pecados capitales, donde no se sabe ya qué es el bien y qué es el mal, cuando las instituciones educativas están fracasando por no educar, por paradójico que parezca y un largo etcétera, uno se pregunta ¿cabe la esperanza?

No es lo que digo un “Sylabus” de males de nuestro tiempo ni soy un pesimista que todo o muchas cosas las ve mal, ni tampoco tengo una mirada moralizante o desviada. Es que veo con lucidez que necesitamos y podemos cambiar; que necesitamos volver a Dios revelado y presente y actuante en su Hijo, Jesucristo. A menudo el hombre de hoy vive como si Dios no existiera, e incluso el hombre contemporáneo se pone a sí mismo en el lugar de Dios, pretende ocupar su puesto. Se arroga el derecho del Creador de interferir en el misterio de la vida humana, quiere decidir, mediante manipulaciones, la vida del hombre y determinar los límites de la vida y de la muerte, del bien y del mal, de la verdad y la mentira, de lo verdadero y lo bello. Y, de este modo, tal vez sin proponérselo directamente, se observa una tendencia, dotada de muchos poderes de superpoderosos, de dominadores del mundo, que quiere eliminar la religión, sobre todo la Iglesia católica presidida por Pedro, el cristianismo, y de reducirlas a pura ética universal fabricada en laboratorio por un consenso de fuerzas en correlación, donde Dios no cuente, ni tampoco la verdad, que nos es dada, que es “aletheia”, revelación, gratuidad; se está intentando que Dios no cuente, tanto en la vida pública y hasta en la privada.

Pero el hombre, sin Dios, muere; la Muerte de Dios, base de una cultura de muerte, es la raíz y el vaticinio de la muerte del hombre. Esto es una regresión sin futuro, una huida al pasado, a la muerte, al sepulcro, a la tristeza irremisible que no puede triunfar el Amor, la desolación de que no puede triunfar la Vida sobre el

odio, la transgresión, el pecado y la muerte. Sin embargo, la verdad, gracias a Dios, que tanto quiere al hombre, que es Amor con un corazón que es ternura y perdón sobre la miseria, y a su infinita misericordia, no es esa. La verdad la tenemos en Jesucristo –Verdad de Dios y del hombre– a quien Dios ha resucitado y nos ha salvado y liberado del abismo.

La resurrección de Jesucristo nos abre a la esperanza y señala caminos que nos conducen al verdadero futuro. ¡Es hora de la esperanza, de una esperanza grande, es hora de la alegría, es hora de que la Iglesia, animada por la fe, anuncie a Jesucristo! Sin ningún miedo, todo lo contrario: abrir las puertas a Cristo es la tarea de la Iglesia que ha de ser renovada interiormente, por la fe, por el Espíritu, con la oración, los sacramentos, con el amor a Dios sobre toda las cosas y amando a los demás como a nosotros mismos, singularmente a los muy preferidos del Señor, que son los últimos y los más necesitados de su misericordia, Así será una Iglesia que admire a los demás por su alegría. Esto es lo que se espera de la Iglesia, de los cristianos.

No lo olviden, es la hora de la fe, ahí está la victoria que vence a este mundo, del que antes daba algunas señales de riesgo.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

IV

CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«UN MUNDO NUEVO»

(25 de abril de 2021)

Estamos ya en la tercera semana de Pascua, con la Pascua se nos abre un futuro cierto. Pascua es esperanza, Pascua es caminar por un camino que conduce a una meta que colma la sed de esperanza. Pero, ¿podemos tener esperanza mirando nuestro mundo? Mirando nuestro mundo no puedo ser optimista, muchas realidades que están ahí me lo impiden. Precisamente por esas realidades que están ahí y que me impiden ser optimista. La esperanza reconoce y vive la densidad de las dificultades que nos embargan, pero éstas no me cierran a esperar y luchar por un mundo nuevo, una nueva tierra en que habite la justicia, por una humanidad nueva hecha de hombres y de mujeres nuevos que llevan a cabo e implantan una nueva civilización del amor y una nueva sociedad de hermanos, nueva con la gran novedad que aporta el Evangelio. Soy un hombre de esperanza, y no a pesar de mi fe, cada día, gracias a Dios y a la Iglesia, más firme y sólida, sino precisamente por ella, por esa FE que reconoce la victoria de Cristo resucitado sobre la muerte: los lazos crueles de muerte con que habían querido y se quiere apresar a Jesús, autor de la Vida, han sido rotos ya, no han podido con Él. No busquemos entre los muertos al que vive, al que está vivo. ¡Ánimo, nos dice y asegura a todos, Yo he vencido el mundo!”. El mundo está como está, es un mundo difícil, ahí tenemos: la pandemia del

Covid, la paz amenazada, el hambre crece, la pobreza se dispara, el paro y la ruptura de empleo no parece encontrar respuesta, la distancia entre ricos y pobres o países ricos y pobres se amplía y acrecienta, la naturaleza se deteriora a pasos agigantados, la vida se menosprecia y se elimina en una cultura de la muerte, ahí están el “crimen abominable”, en expresión del Vaticano II, del aborto, la legalización de la eutanasia tendente de por sí a eliminar la vida, la manipulación genética que como hemos leído estos días, produce sin ninguna ética, en laboratorios chinos, “quimeras” con células humanas y de chimpancé, verdaderos seres vivos híbridos, sin ninguna ética, como “progresos” científicos con una ciencia sin conciencia, contra Dios y contra el hombre, o el negocio cruel y destructor del narcotráfico y la ruina de la droga, la violencia aparece por muchas partes, el odio, la mentira siguen sembrando confusión, sinsentido, tedio y tristeza... ¿Cabe ahí la esperanza? Sí, y precisamente por ser así ese mundo en el que estamos, pero la esperanza reclama cambio, conversión, vida nueva. Llama la atención que los discursos del Libro de los Hechos de los Apóstoles que anuncian a Jesucristo, eliminado por los poderes y el pueblo, ha resucitado y llaman al cambio, a la conversión; nos llama a todos a esa conversión, aunque inseparablemente esas situaciones enumeradas necesiten cambios estructurales profundos por parte de las naciones.

La paz verdadera y universal, la concordia, no será real o dejará de estar amenazada si cada uno de nosotros no busca para sí la paz en la justicia y el amor dentro del pequeño ámbito en que vive. La PAZ, con mayúsculas, la paz grande, no será posible sin las pequeñas paces; es necesario renovar el corazón del hombre. Si esta renovación se hace de veras, irán mejorando las instituciones, los sistemas, las estructuras; si corazón y mentes de nuestras personas respetan y promueven los derechos fundamentales e inalienables de las personas se establecerá la paz; si nos unimos de corazón y de

mentes a una nueva civilización del amor, habrá concordia y paz, amor entre hermanos. Es necesario superar el trato de las personas, de los animales y de las cosas, de los bienes materiales o de la naturaleza como meros objetos o materiales que se manejan a voluntad propia, sin consideración alguna fuera de sus necesidades naturales, respetar el equilibrio entre naturaleza y técnica es algo que nos exige el cuidado y la protección de nuestra casa común. Esto conlleva un cambio muy profundo en nuestra manera de ser y de ver la vida; cambio radical y profundo que lleva consigo estar en paz con Dios Creador; el uso y disfrute de la naturaleza tiene sus límites. Detrás de la naturaleza está, sosteniéndola, el Creador. Si queremos subsistir habrá que generar una mentalidad que haga posible una ecología humana, una ecología integral, como nos están diciendo los últimos Papas. Y en concreto, muy relacionado con esto mismo, no se puede hacer lo que se quiere con técnicas suficientes con los embriones o con células, y fetos humanos vivos como se está haciendo por ejemplo en experimentaciones de un científico español en China; como tampoco se puede hacer lo que se quiera con los deficientes y los ancianos, con los ríos, con los mares, con los bosques, con los animales o con el medio ambiente, porque el hombre no es señor absoluto ni de la naturaleza ni de las personas; la voluntad de poder es destructivo y, en el fondo elimina a Dios o quiere usurpar su poder. En la raíz de esa manera de pensar, de esa libertad –hacer lo que se quiera y está en manos del hombre– se esconde o se manifiesta una voluntad de poder que no se detiene ante nada: es poder de muerte, incompatible con la voluntad de Dios que quiere que el hombre viva. Y esa es verdad de resurrección, verdad que nos hace libres para amar. Sólo Dios hará una humanidad nueva con hombres y mujeres nuevos conducidos por la verdad, por la auténtica libertad, por el amor, en definitiva, por Dios. Dios y el hombre, inseparables pero no confundidos. Seguiremos reflexionando

sobre el mundo en el que estamos que esperamos y anhelamos sea un mundo verdaderamente nuevo.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

DECRETOS

I

EL SR. CARDENAL ARZOBISPO HA DECRETADO LA JUBILACIÓN
A LOS SIGUIENTES CANÓNICOS

En fecha 13 de abril de 2021

ALIAGA GIRBÉS, Ilmo. Sr. D. Emilio. Dean-Presidente y
Miembro de la Comisión Permanente, a la edad de 86 años.

BARRACHINA CARBONELL, M.I. D. Adolfo. Canónigo, a
la edad de 85 años.

CASTELLOTE CUBELLS, M.I. D. Salvador. Canónigo, a la
edad de 89 años.

CHILET RAGA, M.I. D. Alfredo. Canónigo, a la edad de 82
años.

COLLADO BERTOMEU, M.I. D. Vicente. Canónigo y Lectoral,
a la edad de 84 años.

LLÍN CHÁFER, M.I. D. Arturo. Canónigo, a la edad de 81
años.

PAYÁ ANDRÉS, M.I. D. Miguel. Vicepresidente del Cabildo
y Prefecto de Pastoral, Magistral y Miembro de la Comisión
Permanente, a la edad de 81 años.

PÉREZ LEAL, M.I. D. José. Canónigo, a la edad de 90 años.

VÁZQUEZ CAPLLIURE, M.I. D. Salvador. Canónigo y Miembro de la Comisión Permanente, a la edad de 87 años.

II

DECRETO DEL SR. ARZOBISPO

POR EL QUE SE APRUEBA LA MODIFICACIÓN DEL REGLAMENTO DE LA ASAMBLEA SINODAL QUE SE APROBÓ CON VISTAS A SU CELEBRACIÓN EN MAYO DE 2020 PERO QUE HA TENIDO QUE SER POSPUESTO POR LA PANDEMIA DE LA COVID-19



ANTONIO

DEL TÍTULO DE SAN PANCRACIO
CARDENAL CAÑIZARES LLOVERA

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
ARZOBISPO METROPOLITANO DE VALENCIA

Para dar cumplimiento a lo establecido en el artículo 11 del Estatuto General del Sínodo, aprobado por mí, el 15 de octubre de 2019 y, de conformidad con el c. 95 del C.I.C, vengo en aprobar el siguiente Reglamento de la Asamblea Sinodal que se celebrará, D. m., los días 22 y 23 de mayo de 2021.

I. DERECHOS Y DEBERES DE LOS SINODALES

Art. 1. Quienes sean convocados al Sínodo Diocesano, de conformidad con el c. 463, tienen el derecho y deber de participar en él, estando presentes en las sesiones completas, según se establece en el Reglamento de la Asamblea Sinodal.

Art. 2. Los sinodales ya han sido convocados por carta, por el Arzobispo, a participar en la Asamblea Sinodal de la Archidiócesis de Valencia. En la misma carta se adjuntó el nombramiento como miembro de la Asamblea Sinodal.

Art. 3. Todos los participantes, una vez convocados, deberán presentar una copia del nombramiento al inicio de la Asamblea Sinodal el día 22 de mayo de 2021 (en el caso de que a alguien lo haya traspapelado se procurará resolver el problema de otro modo fehaciente) en donde se les entregará una acreditación, siendo este un requisito indispensable para poder participar en la Asamblea Sinodal.

Art. 4. Todos los sinodales tienen la obligación de emitir personalmente la Profesión de Fe según la fórmula aprobada por la Sede Apostólica, al comenzar la celebración del Sínodo Diocesano (cf. canon 833§1).

Art. 5. El miembro sinodal que haya faltado a alguna sesión del Sínodo sin justificar por escrito su ausencia al Arzobispo perderá su derecho como miembro de la Asamblea Sinodal.

Art. 6. Para una eficaz y fructífera participación, los miembros de la Asamblea Sinodal deberán estudiar a tal efecto el instrumento de trabajo final que se les remitirá previamente y procurarán informarse adecuadamente para pronunciarse sobre el mismo y emitir responsablemente su voto consultivo cuando se le pidiere.

Art. 7. Los sinodales tienen derecho a manifestar sinceramente su opinión sobre los temas propuestos (cf. c. 127§3) y a expresar su parecer sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia (cf. c. 212§3), siempre en el respeto a la integridad de la fe y a la dignidad de las personas y teniendo en cuenta la forma y tiempo indicados en este Reglamento.

Art. 8. Todas las cuestiones propuestas se someterán a la libre discusión de los miembros en las sesiones del Sínodo (cf. c. 465). Para posibilitar esto dentro del tiempo previsto se atenderán a lo establecido en este Reglamento.

Art. 9. Los sinodales gozan del derecho a emitir libremente su voto sobre las cuestiones propuestas, en la forma y sentido indicadas en este Reglamento.

Art. 10. El Arzobispo tiene el derecho y el deber de remover, mediante decreto, cualquier sinodal, que con sus opiniones se aparte de la doctrina de la Iglesia o que rechace la autoridad episcopal, salva la posibilidad de recurso contra el decreto, según la norma del derecho.

II. INVITADOS

Art. 11. El Arzobispo puede invitar al Sínodo (o a alguna de sus sesiones) a cualquier persona de la propia Diócesis, a la que puede –si lo juzga oportuno– conceder la palabra, sin que esto signifique que tenga derecho a voto.

III. LA COMISIÓN CENTRAL DEL SÍNODO

Art. 12. En la Asamblea Sinodal se le encomiendan las siguientes funciones a la Comisión Central del Sínodo:

- 1) Velar para que las posibles modificaciones del instrumento

de trabajo final del Sínodo, antes de ser sometidas a debate y votación, a la vez que recogen el sentir de los sinodales, sean concordes con la fe y disciplina general de la Iglesia.

- 2) Determinará los modos más eficaces para aplicar en las sesiones sinodales lo establecido en este reglamento.
- 3) Asesorará en aquellas cuestiones que el Arzobispo le someta.
- 4) Designará a las personas que, durante las dos sesiones de la mañana del sábado 22 de mayo, deben introducir brevemente (3 a 5 minutos) cada una de las 11 propuestas (4 propuestas de 11h a 12h y las 7 restantes de 12.30 a 14h) y que además den paso, tras la introducción de la propuesta, a dos intervenciones (de tres minutos de duración) de miembros de la Asamblea Sinodal (que habrán sido designados por esa Comisión Central antes de la Asamblea Sinodal en virtud de las peticiones recibidas para participar en la misma. Los sinodales, para intervenir en la discusión pública, deberán presentar a la Comisión Central del Sínodo la solicitud por escrito, con siete días de antelación al 22 de mayo, a través de sinodo@archivalencia.es, indicando con brevedad la cuestión sobre la que desea manifestarse. La Comisión Central hará la selección del modo más objetivo posible teniendo en cuenta tanto los contenidos como los tiempos disponibles).
- 5) Designará a las personas que dirigirán la votación de las once propuestas desde 16 a las 18 horas aproximadamente del 22 de mayo, que se llevará a cabo según lo dicho en el artículo 18.

IV. MODO DE PROCEDER EN LA ASAMBLEA SINODAL

Art. 13. La Asamblea Sinodal es única, pero en orden a su eficacia se celebrará en tres sesiones sinodales que se desarrollarán en Asamblea General, el día 22 de mayo de 2021, en el Paraninfo de la Universidad Cardenal Herrera-CEU, ubicado en Alfara del Patriarca: la primera, desde las 9.30 de la mañana a las 12 horas; la segunda, desde las 12.30 hasta las 14 horas; y la tercera, desde la 16 horas hasta las 18.30 horas. Terminará el día con una Eucaristía Vigilia de Pentecostés, en la Iglesia del Seminario Mayor de la Inmaculada de Moncada. Y el domingo 23 de mayo, por la tarde, se celebrará la conclusión del Sínodo Diocesano de Valencia con una Misa Solemne en la Catedral, coincidiendo con la Solemnidad de Pentecostés.

Art. 14. La Asamblea General está formada por el pleno de todos los sinodales. Para su constitución deben estar presentes al menos la mitad más uno de los convocados. (El Arzobispo podría dispensar de este requisito en caso de necesidad pastoral por circunstancias relacionadas con la pandemia del Covid-19).

Art. 15. Todos los debates de la Asamblea General serán dirigidos por el moderador correspondiente designado por la Comisión Central del Sínodo según lo apuntado en el artículo 12, apartados 4) y 5), respetando siempre el papel de moderador supremo de la Asamblea Sinodal del Arzobispo, el cual dirige efectivamente las discusiones durante las sesiones sinodales y, como maestro auténtico de la Iglesia, enseña y corrige cuando es necesario.

Art. 16. Las intervenciones públicas de los sinodales han de centrarse en el tema que se está tratando; pueden tener forma de propuesta o petición, de comentario, de oposición, etc. pero siempre han de ser razonadas y conformes con la naturaleza y objetivos del Sínodo. La duración de las intervenciones no podrá ser superior

a tres minutos, quedando a salvo el derecho de cada sinodal a presentar por escrito a la Comisión Central del Sínodo un desarrollo más amplio de su intervención. Si un sinodal que ha intervenido estima que no se han tenido en cuenta sus observaciones o no está de acuerdo con el razonamiento dado para su exclusión, está en su derecho de presentar su intervención por escrito a la Comisión Central del Sínodo (sinodo@archivalencia.es), que decidirá en su momento si procede o no su inclusión en el documento.

Art. 17. El Secretario General con ayuda de otros secretarios designados por la Comisión Central del Sínodo previamente a la Asamblea Sinodal, van tomando nota, agrupando y sintetizando las intervenciones, de modo que recojan lo más fielmente posible el parecer de los miembros.

Art. 18. Finalmente se hace una votación. Dado que el Sínodo no es un colegio con capacidad decisoria, tales votaciones no tienen como objetivo llegar a un acuerdo mayoritario vinculante, sino verificar el grado de concordancia de los sinodales sobre las propuestas formuladas.

Se votan las propuestas legislativas del documento según la fórmula “sí”, “no”, “abstención”, en votación a través de cartulinas distribuidas previamente. La introducción doctrinal no será objeto de votación. El modo de proceder en las votaciones será explicado a los sinodales antes de la votación.

V. NORMAS A TENER EN CUENTA EN GENERAL

Interpretación del Reglamento

Art. 19. Las cuestiones que puedan suscitarse, no reguladas por este Reglamento, serán resueltas por el Presidente de la Asamblea Sinodal, oído el parecer de la Comisión Central del Sínodo, cuando

el mismo Presidente lo estime necesario, habida cuenta del carácter de las cuestiones que haya que resolver.

Declaraciones y decretos sinodales

Art. 20. Terminadas las sesiones del Sínodo, el Arzobispo procede a la *redacción final* de los decretos y declaraciones, los suscribe y ordena su publicación, de conformidad con lo establecido en el CIC.

Dado en Valencia, a veintisiete de abril de dos mil veintiuno.

† Antonio, Cardenal Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

Por mandato de S.E.R.
José Francisco Castelló Colomer
Canciller-Secretario

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

COMUNICADO

«CONCESIÓN DEL AÑO JUBILAR DE SAN FRANCISCO DE BORJA»

Valencia 22 de abril de 2020

José Francisco Castelló Colomer, Canciller-Secretario General del Arzobispado, por orden del Sr. Arzobispo de Valencia el Emmo. y Rvdmo. D. Antonio, Cardenal Cañizares Llovera,

COMUNICA QUE:

Los PP. Jesuitas de Valencia, el Abad de la Insigne Colegiata de Gandía y los párrocos de la Parroquia Santa Cruz, de Llombai, de la Parroquia Natividad de Nuestra Señora, de Turís, y de las parroquias de la Archidiócesis de Valencia cuyo titular es san Francisco de Borja (en la ciudad de Valencia, en Gandía y en La Vall de Gallinera-Carroja) pidieron al Emmo. y Rvdmo. D. Antonio, Cardenal Cañizares Llovera, Arzobispo de Valencia, que solicitase a la Penitenciaría Apostólica la concesión de la gracia de un Año Jubilar de San Francisco de Borja.

El Sr. Arzobispo de Valencia, en su carta dirigida el 10 de abril de 2021 al Penitenciario Mayor, Emmo. y Rvdmo. D. Mauro, Cardenal Piacenza, hizo suya, de sumo grado, tal petición, destacando en particular de san Francisco de Borja lo siguiente: *La finalidad que se persigue, junto a la propia de un Año Jubilar, es intensi-*

ficar el conocimiento y devoción de la figura excepcional de san Francisco de Borja, fiel hijo y seguidor de san Ignacio, segundo General de la recién fundada Compañía, sacerdote, laico presente y activo en la vida pública pues, además de duque de Gandía y de marqués de Llombay, fue consejero de Carlos V, Virrey de Cataluña, tuvo que ver con la célebre batalla de Lepanto –decisiva para la Europa cristiana y para la Iglesia–, fue amigo de santa Teresa de Jesús y de san Juan de Ávila, entre otros santos, y padre ejemplar de ocho hijos en su vida de matrimonio... Además de su santidad, san Francisco de Borja presenta unos rasgos para el momento presente de una gran luz y actualidad, y ofrece un ejemplo de santidad heroica para los tiempos que corremos; abrió las puertas de la Compañía a los judíos, moriscos e indígenas, algo inaudito por entonces; obras cumbres suyas como General de la Compañía fueron la educación de la juventud, la promoción de las misiones y de la predicación, que influyó mucho, por ejemplo, en el dominico Fr. Luis de Granada; puso todo su afán en el Colegio Romano y en las misiones americanas; modelo, pues, como fiel cristiano laico en la vida pública, y como esposo y padre, santo sacerdote y jesuita, renovador de la Iglesia y protagonista de lo que hoy denominamos “nueva evangelización” en aquellos momentos suyos.

El Arzobispo de Valencia en dicha carta solicitaba, como consecuencia de lo indicado arriba, **un Año Jubilar de San Francisco de Borja que tuviese lugar desde el 3 de octubre de 2021** (en el año 2021 se cumple el 350º aniversario de su canonización por el Papa Clemente X) **hasta el 3 de octubre del próximo año 2022** (en 2022 se cumple el 450º aniversario de su muerte-tránsito al Padre) y que se pudiesen obtener las gracias jubilares en la Insigne Colegiata de Gandía, en las iglesias que pertenecen o han pertenecido a la Compañía de Jesús en la Archidiócesis de Valencia, en la Parroquia Santa Cruz, de Llombai, en la Parroquia de la Natividad

de Nuestra Señora, de Turís, y en las otras parroquias de la Archidiócesis de Valencia cuyo titular es san Francisco de Borja.

Pues bien, el Sr. Cardenal tiene el gusto de anunciar que, en un correo electrónico dirigido al Arzobispado de Valencia por la Penitenciaría Apostólica el 19 de abril de 2021, se expresa lo siguiente: *Esta Penitenciaría Apostólica ha comunicado que ha recibido las preces enviadas (San Francisco de Borja) y que ha sido concedido cuanto se solicita en las mismas. Tan pronto como sea posible, serán enviados los decretos.*

El Sr. Cardenal agradece a Dios y a la Santa Sede la concesión del Año Jubilar de San Francisco de Borja.

José Francisco Castelló Colomer
Canciller-Secretario

I RITO DE ADMISIÓN DE CANDIDATOS AL DIACONADO PERMANENTE

El día 17 de abril de 2021, a las 11 horas, en la Santa Iglesia Catedral de Valencia, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio Cañizares Llovera, Cardenal Arzobispo de Valencia, confirió el Rito de Admisión de candidatos al Diaconado Permanente a:

Llorenç ARNANDIS LLÁCER
Juan Lorenzo BAVIERA BARTUAL
Ramón Santiago BORJA PIÑEIRO

Gonzalo CABRERA BARRERO
Gregorio CAÑADA SOLER
Miguel ESQUERDO CASTELLÓ
José Juan FABADO COLOMER
Joan Albert MAGRANER GAMÓN
Javier Enrique MORALES SARABIA
Antonio MOYA ANSÓN
Julio PALOMERA DURÁ
Miguel Ángel PÉREZ GARCÍA
Pedro Antonio PÉREZ GARCÍA-MORATO
Santiago Federico PEYRÓ GREGORI
Francisco José SÁEZ CANO
Nicolás SÁNCHEZ GARCÍA
Andrés Jaime VALENCIA PÉREZ
Víctor José VICIANO CLIMENT
Julián Felipe ZANÓN TRIPIANA

Valencia, a 19 de abril de 2021.

El Canciller-Secretario
José Francisco Castelló Colomer

II

SAGRADA ORDENACIÓN DE PRESBITEROS

El Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzbispo ha dispuesto conferir el Sagrado Orden del Presbiterado el día 19 de junio de 2021.

Los aspirantes a recibir dicho Orden Sagrado, presentarán en la

Secretaría General del Arzobispado la correspondiente documentación antes del día 19 de mayo de 2021.

Valencia, 19 de abril de 2021.

José Francisco Castelló Colomer
Canciller-Secretario

III

RITO DE ADMISIÓN DE CANDIDATOS AL DIACONADO Y PRESBITERADO

El día 24 de abril de 2021, en la Iglesia del Seminario Metropolitano de Valencia, en Moncada, el Excmo. y Rvdmo. D. Javier Salinas Viñals, Obispo Auxiliar de Valencia, con licencia del Emmo. y Rvdmo. D. Antonio Cañizares Llovera, Cardenal Arzobispo de Valencia, confirió el Rito de Admisión de Candidatos al Diaconado y Presbiterado a los seminaristas:

Pablo Andreu Gallego
Bruno Jiménez Calvo
Celeus Nshimirimana

Valencia, a 26 de abril de 2021.

El Canciller-Secretario
José Francisco Castelló Colomer

IV NOMBRAMIENTOS ECLESIASTICOS

ALIAGA GIRBÉS, Ilmo. D. Emilio. Cesa de *Prefecto de Sagrada Liturgia de la Santa Iglesia Catedral*, y como *Miembro nato* de los *Consejos Presbiteral* y *Diocesano de Pastoral*, al jubilarse como *Deán-Presidente* del *Cabildo* de la *Catedral*, el 21 de abril de 2021.

CARDOSO, Rvdo. D. Giovanni Fernando. Es nombrado *Adscrito* a San José de *La Pobla de Farnals*, el 13 de abril de 2021.

COLLADO BERTOMEU, M.I. D. Vicente. Cesa de *Lectoral de la Santa Iglesia Catedral*, el 13 de abril de 2021.

FERRE PÉREZ, Rvdo. D. Félix. Cesa de *Adscrito* a San Pedro Apóstol de *Aielo de Malferit*, el 13 de abril de 2021.

FONTESTAD PASTOR, Ilmo. D. Vicente. Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, se le confirma para el *Oficio de Deán-Presidente del Excmo. Cabildo Metropolitano*, el 28 de abril de 2021.

GANDÍA BARBER, M.I. D. Juan Damián. Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, se le encomienda el *Oficio de Prefecto de Sagrada Liturgia*, el 30 de abril de 2021.

HERRERO ANTÓN, M.I. D. Gil. Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, se le encomienda el *Oficio de Prefecto de Pastoral*, el 30 de abril de 2021.

LIMA DA SILVA, Rvdo. D. Luiz Henrique. Es nombrado *Adscrito* a San Lorenzo Mártir de *Benirredrá* y Nuestra Señora de Mondúver de *Gandia-Marxuquera*, también *Vicerrector* de la *Iglesia de San Roque* (del Beato Andrés de Hibernón) de *Gandia*, el 13

de abril de 2021.

MIRÓ MIRÓ, M.I. D. Jorge José. Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, se le encomienda el *Oficio de Magistral*, el 30 de abril de 2021.

MOLINA RAUSELL, Rvdo. D. Sebastián. Es nombrado *Administrador Parroquial* de *Nuestra Señora del Milagro y San Maximiliano María Kolbe* de *Valencia-Benimaclet*, el 12 de abril de 2021.

PAYÁ ANDRÉS, M.I. D. Miguel. Cesa de *Magistral de la Santa Iglesia Catedral*, el 13 de abril de 2021.

PONS ALÓS, M.I. D. Vicente. Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, se le confirma para el *Oficio de Vicepresidente del Excmo. Cabildo Metropolitano*, el 28 de abril de 2021.

ZAGATTO LIMA, Rvdo. D. Rafael. Es nombrado *Adscrito* a *Santo Domingo Savio y San Expedito Mártir* de *Valencia*, el 13 de abril de 2021.

ZAPATA PINEDA, Rvdo. D. Alirio de Jesús. Cesa de *Adscrito* a San Pedro Apóstol de *Buñol*, y *Nuestra Señora de los Dolores de Buñol-Las Ventas*, el 15 de abril de 2021.

V

DEFUNCIONES

El Rvdo. D. Vicente Molió Simó, falleció el 24 de abril de 2021.

VI ASOCIACIONES

- El Obispo Auxiliar Mons. Arturo Ros Murgadas ha confirmado a D^a. María del Carmen Vilaseca Haro, *Presidenta* de la “*Hermandad de la Flagelación del Señor*” de *Valencia*, en fecha 26 de abril de 2021.
- El Obispo Auxiliar Mons. Arturo Ros Murgadas ha confirmado a D. Francesc Xavier Catalán Aznar, *Presidente* de la asociación “*Muy Ilustre, Virtuoso, Magnífico y Leal Capítulo de Caballeros Jurados de San Vicente Ferrer*” de *Valencia*, en fecha 26 de abril de 2021.
- El Sr. Arzobispo ha aprobado los nuevos Estatutos de la “*Confraria del Santíssim Crist de l’Agonia i de les Set Paraules*” de *Ondara* (Alicante), en fecha 28 de abril de 2021.
- El Obispo Auxiliar Mons. Arturo Ros Murgadas ha confirmado a D. Bernardo Ortolá Morell, *Presidente* de la “*Confraria del Santíssim Crist de l’Agonia i de les Set Paraules*”, de *Ondara* (Alicante), en fecha 28 de abril de 2021.

VII CONSEJO DIOCESANO DE ASUNTOS ECONÓMICOS

Autorizaciones:

- *Santa Iglesia Catedral de Valencia*: Restauración Capilla del Relicario.

-
- *Parroquia Inmaculada Concepción de Albalat dels Tarongers*: Ampliación Cementerio Parroquial.
 - *Parroquia Inmaculada Concepción de Albalat dels Tarongers*: Alquiler Casa Abadía.
 - *Parroquia Nuestra Señora de los Desamparados de Puerto de Sagunto*: Alquiler bajo, sito en Plaza Reina Fabiola, nº 3, de esta localidad.

Presentación de Cuentas:

- *Caritas Diocesana de Valencia*: Presupuesto económico ejercicio 2021.
- *Fundación Padre Juan Schenk*: Cuentas ejercicio 2020.
- *Fundación Virgen al Pie de la Cruz de Puçol*: Cuentas anuales periodo 1/09/2019 a 31/08/2020.

VICARÍA JUDICIAL

TURNO Nº 1

MARÍA DEL CARMEN PARREÑO BAS, NOTARIO-ACTUARIO DE LA CURIA DE JUSTICIA DEL ARZOBISPADO DE VALENCIA, CON EL VISTO BUENO DEL VICARIO JUDICIAL ILMO. RVDO. D. JORGE GARCÍA MONTAGUD,

DOY FE Y TESTIMONIO de las sentencias de nulidad de matrimonio que son firmes y ejecutorias en Derecho:

Causa Nul. nº 75/19: “N - N”. El matrimonio se había celebrado en la Parroquia del Santo Ángel Custodio de Valencia, de la Archidiócesis de Valencia, el día 20 de julio de 1991. Con fecha 15 de febrero de 2021 el Tribunal Eclesiástico de Valencia dictó Sentencia firme declaratoria de la nulidad de matrimonio.

Causa Nul. nº 71/19: “N - N”. El matrimonio se había celebrado en la Parroquia de Santa María la Mayor de Rubielos de Mora, de la Diócesis de Teruel y Albarracín, el día 13 de junio de 2009. Con fecha 29 de marzo de 2021 el Tribunal Eclesiástico de Valencia dictó Sentencia firme declaratoria de la nulidad de matrimonio.

Causa Nul. nº 12/20: “N - N”. El matrimonio se había celebrado en la Iglesia Parroquial Castrense de Santo Domingo de Valencia, de la Archidiócesis de Valencia, el día 16 de mayo de 2009. Con fecha 11 de marzo de 2021 el Tribunal Eclesiástico de Valencia dictó Sentencia firme declaratoria de la nulidad de matrimonio.

Según así resulta y es de ver en los autos de referencia, a los cuales me remito.

Valencia, 30 de abril de 2021

Vº Bº

EL JUEZ ECLESIAÍSTICO

Jorge García Montagud

LA NOTARIO-ACTUARIO

Mª del Carmen Parreño Bas

TURNO Nº 4

KELLY MARTÍN NEGRILLO, NOTARIO-ACTUARIO DE LA CURIA DE JUSTICIA DEL ARZOBISPADO DE VALENCIA, CON EL VISTO BUENO DEL VICARIO JUDICIAL ADJUNTO ILMO. RVDO. D. VICENTE JAVIER GONZÁLEZ MARTÍNEZ,

DOY FE Y TESTIMONIO de las sentencias de nulidad de matrimonio que son firmes y ejecutorias en Derecho:

Causa Nul. nº 02/20: “N - N”. El matrimonio se había celebrado en la Parroquia de San Jerónimo, de la Archidiócesis de Valencia, el día 16 de septiembre de 1995. Con fecha 25 de febrero de 2021 fue dictada sentencia definitiva declaratoria de la nulidad de matrimonio, por el Tribunal Eclesiástico de Valencia, con cláusula prohibitiva.

Causa Nul. nº 117/19: “N - N”. El matrimonio se había cele-

brado en la Parroquia de Nuestra Señora del Socorro, de la Archidiócesis de Valencia, el día 24 de julio de 2010. Con fecha 26 de marzo de 2021 fue dictada sentencia definitiva declaratoria de la nulidad de matrimonio, por el Tribunal Eclesiástico de Valencia, con cláusula prohibitiva.

Causa Nul. nº 14/20: “N - N”. El matrimonio se había celebrado en la Parroquia de Nuestra Señora de la Misericordia, de la Archidiócesis de Valencia, el día 9 de diciembre de 1995. Con fecha 10 de marzo de 2021 fue dictada sentencia definitiva declaratoria de la nulidad de matrimonio, por el Tribunal Eclesiástico de Valencia.

Causa Nul. nº 65/19: “N - N”. El matrimonio se había celebrado en la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, de la Archidiócesis de Valencia, el día 2 de septiembre de 2000. Con fecha 8 de marzo de 2021 fue dictada sentencia definitiva declaratoria de la nulidad de matrimonio, por el Tribunal Eclesiástico de Valencia.

Valencia, a 30 de abril de 2021

Vº Bº

EL JUEZ ECLESIASTICO

Vicente Javier González Martínez

LA NOTARIO-ACTUARIO

Kelly Martín Negrillo

INFORMACIÓN

ACTIVIDAD PASTORAL

SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO DON ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA

ABRIL

Jueves 1.- A primera hora, preside la oración de Laudes en la Seo Metropolitana. - Por la tarde, en la Catedral, celebra la Eucaristía de la Cena del Señor.

Viernes 2.- Acompaña en “maremóvil” a la imagen del Cristo de Medinaceli de la Semana Santa Marinera, que recorre las calles de Valencia. - Por la tarde, preside los Oficios de la Pasión del Señor en la Catedral.

Sábado 3.- A primera hora, reza la oración de Laudes en la Seo Metropolitana. - Posteriormente, en la Basílica de la Virgen de los Desamparados, preside el rezo del “Planctus Marie”. - Por la tarde celebra la solemne Vigilia Pascual en la Catedral.

Domingo 4.- Preside el rezo de Laudes con el Cabildo Catedralicio y la Eucaristía del domingo de Resurrección. - Por la tarde, en la parroquia de Santa María Goretti, imparte los sacramentos de iniciación cristiana a algunos miembros de la Comunidad China.

Lunes 5.- A primera hora, se desplaza a Utiel para visitar las obras realizadas en la parroquia Asunción de Nuestra Señora, y celebra la Eucaristía en la Ermita del Remedio.

Martes 6.- Recibe audiencias, entre ellas a Mons. Francisco Cerro, Arzobispo de Toledo y Primado de España, junto con D.

Carlos Miguel García, vicepostulador de la causa de canonización del beato Cardenal Ciriaco M^a Sancha, del cual dona un retrato a la Archidiócesis de Toledo y una réplica del Santo Cáliz. A su vez, Mons. Francisco Cerro entrega un donativo a la Fundación “Pauperibus”, y dos reliquias de Santa Úrsula.

Miércoles 7.- Recibe audiencias en el Arzobispado.

Jueves 8.- Por la mañana recibe audiencias. - Después se reúne con el equipo directivo de la Universidad Católica de Valencia. - Por la tarde preside la reunión de la Comisión Central del Sínodo.

Viernes 9.- Recibe audiencias.

Domingo 11.- Preside la misa del II Domingo de Pascua en la Catedral Metropolitana. - Por la tarde, en la parroquia San Jaime Apóstol de Moncada, celebra la Eucaristía y bendice la nueva capilla de Adoración Eucarística Permanente.

Lunes 12.- En la Catedral, celebra la Misa solemne en la fiesta de San Vicente Ferrer, patrón de la Comunidad.

Martes 13.- Se reúne con los miembros del Consejo episcopal. - En la Basílica de la Virgen de los Desamparados preside la ofrenda de las jugadoras del Valencia Basket, que ofrecen su premio de la Eurocup Women a la *Mare de Déu*. - A última hora, celebra la Eucaristía en la parroquia de San Josemaría Escrivá, en el primer aniversario del fallecimiento de D. Juan Cotino.

Miércoles 14.- Por la tarde preside la reunión del Consejo diocesano de asuntos económicos.

Jueves 15.- Concede una entrevista al periódico de *Las Provincias*. - A última hora de la tarde, en la sede de Santa Úrsula de la Universidad Católica de Valencia, presenta el libro “La fascinación por la diferencia”, del profesor D. José Manuel Hernández Caste-

llón.

Viernes 16.- Celebra una Eucaristía en la sede de Santa Úrsula de la UCV, con motivo de la entrega, por parte de la Catedral de Toledo, de una reliquia de la Santa. -Recibe audiencias en el arzobispado.

Sábado 17.- En la Catedral Metropolitana, preside la misa del rito de admisión de 19 candidatos al Diaconado permanente.

Domingo 18.- Celebra la misa del III Domingo de Pascua, en la Seo valentina.

Lunes 19.- Participa en la Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española, en Madrid, que finaliza el viernes 23.

Sábado 24.- Recibe audiencias en el arzobispado.

Domingo 25.- Celebra la Eucaristía dominical del IV Domingo de Pascua en la Catedral.

Lunes 26.- Recibe audiencias a primera hora. - Después se reúne con los miembros del Consejo episcopal. - Por la tarde, asiste al estreno de la película *Amanece en Calcuta*, en las salas del ABC Park.

Martes 27.- Por la mañana recibe audiencias. - Por la tarde preside la reunión de la Comisión central del Sínodo diocesano. - A última hora se desplaza a Mislata, donde celebra una eucaristía en la parroquia Nuestra Señora de los Ángeles.

Miércoles 28.- Se reúne con los miembros del Consejo diocesano de asuntos jurídicos. - Por la tarde mantiene una reunión con la Comisión diocesana contra el paro.

Jueves 29.- Preside la inauguración del *I Simposio internacional sobre Isabel de Villena*, organizado por el "Instituto Isabel de

Villena de Estudios Medievales y Renacentistas” IVEMIR-UCV, en la Universidad Católica de Valencia. - Después visita el Monasterio de las Dominicas de Torrent. - Se reúne con los miembros del Consejo diocesano de Laicos.

Viernes 30.- Mantiene una reunión con los sacerdotes del arciprestazgo número 19 “San Antonio Abad” en Chelva.

ALGUNOS DATOS DE INTERÉS
DE LA AGENDA DEL SR. CARDENAL ARZOBISPO

Durante el mes de abril el Sr. Cardenal:

- Presidió en la Catedral de Valencia, además de las Eucaristías dominicales, la Misa de la Cena del Señor, la Pasión, la Vigilia Pascual, la del Domingo de Resurrección, la de San Vicente Ferrer y el rito de admisión al Diaconado permanente.
- Celebró otras misas en las parroquias: Santa María Goretti; San Josemaría Escrivá; y en la ermita del Remedio de Utiel; San Jaime Apóstol de Moncada; Nuestra Señora de los Ángeles de Mislata; y en la sede de Santa Úrsula de la UCV.
- En la Basílica de la Virgen rezó el *Planctus Marie*, el Sábado Santo.
- Se reunió con los miembros del Consejo episcopal, del Consejo de asuntos económicos y jurídicos, del Consejo de Laicos, del equipo directivo de la UCV; de la Comisión diocesana contra el paro y de la Comisión central del Sínodo.
- Recibió, entre otras audiencias, a Mons. Francisco Cerro, Arzobispo de Toledo y Primado de España.
- Inauguró el I Simposio internacional sobre Isabel de Villena.

- Se reunió con los sacerdotes del arciprestazgo nº 19.
- Participó en la reunión de la Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

D. ARTURO PABLO ROS MURGADAS

OBISPO AUXILIAR

ABRIL

Jueves 1.- En la Capilla del Pesebre del Poblado Misionero de la Fraternidad Misionera “Verbum Dei” en Siete Aguas, preside la celebración de la “Misa de la Cena del Señor”.

Viernes 2.- En la Capilla del Pesebre del Poblado Misionero de la Fraternidad Misionera “Verbum Dei” en Siete Aguas, preside la celebración de la “Pasión del Señor”.

Sábado 3.- En la Capilla del Pesebre del Poblado Misionero de la Fraternidad Misionera “Verbum Dei” en Siete Aguas, preside la Solemne Vigilia Pascual.

Domingo 4.- En la Capilla del Pesebre del Poblado Misionero de la Fraternidad Misionera “Verbum Dei” en Siete Aguas, preside la Eucaristía de Pascua. - En la Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores de Valencia, preside la celebración de la Eucaristía y bendice la nueva pila bautismal y los nuevos locales parroquiales.

Lunes 5.- Acompaña al Sr. Cardenal-Arzobispo en la visita al Santuario de Nuestra Señora del Remedio y al Templo Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Utiel.

Martes 6.- Recibe visitas y despacha asuntos de la Curia.

Miércoles 7.- Viaja a Madrid para participar en la reunión del Consejo de Juventud de la Subcomisión Episcopal de Juventud e Infancia de la Conferencia Episcopal Española.

Jueves 8.- En Madrid participa en las reuniones de trabajo del Consejo de Juventud de la Subcomisión Episcopal de Juventud e Infancia de la CEE.

Viernes 9.- En Madrid participa en las reuniones de trabajo del Consejo de Juventud de la Subcomisión Episcopal de Juventud e Infancia de la CEE. - Por la tarde regresa a Valencia.

Sábado 10.- En la Parroquia de la Santísima Trinidad de Casas Altas preside la oración del “Vía Lucis”.

Domingo 11.- En la Parroquia de San Juan Bautista y San Antonio Abad de Gavarda (vell), preside la celebración de la Eucaristía y bendice el nuevo cuadro de la Última Cena situado en el Altar Mayor del Templo Parroquial.

Lunes 12.- En la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Sedaví, administra el Sacramento de la Confirmación.

Martes 13.- Asiste a la reunión ordinaria del Consejo Episcopal.

Miércoles 14.- En la sede de Cáritas Diocesana de Valencia se reúne con los Delegados Episcopales y el Director de Cáritas Diocesana. - Visita la Residencia-Hogar de Menores “Mare de Deu dels Desemparats i dels Innocents” en Torrent. - Por la tarde, se reúne con los miembros de la Comisión Coordinadora del Congreso Diocesano de Laicos.

Jueves 15.- Recibe visitas y despacha asuntos de la Curia.

Viernes 16.- Por la mañana recibe visitas. - Por la tarde, en la Parroquia San Juan Bosco de Valencia, administra el Sacramento

de la Confirmación.

Lunes 19.- Viaja a Madrid para asistir a la CXVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Martes 20.- Asamblea Plenaria de la CEE

Miércoles 21.- Asamblea Plenaria de la CEE

Jueves 22.- Asamblea Plenaria de la CEE

Viernes 23.- Asamblea Plenaria de la CEE. Por la tarde regresa a Valencia.

Sábado 24.- En la Parroquia de “Santa Ana” de Valencia, administra el Sacramento de la Confirmación.

Domingo 25.- En la Santa Iglesia Catedral de Valencia, preside la celebración de la Eucaristía, en el jubileo de la Comunidad FAS-TA de Valencia.

Lunes 26.- Asiste a la reunión ordinaria del Consejo Episcopal. - Por la tarde, en la Casa del Laico, preside la reunión ordinaria del Consejo Diocesano de Laicos.

Martes 27.- Por la mañana recibe visitas. - Por la tarde asiste a la reunión de la Comisión Central del Sínodo Diocesano.

Miércoles 28.- En la sede de Cáritas Diocesana preside la reunión del Consejo Asesor de la Residencia-Hogar “Mare de Deu dels Desemparats i dels Innocents”. - Concede una entrevista para el programa “Pueblo de Dios” de RTVE. - Por la tarde se reúne con los miembros del equipo de la Delegación Diocesana de Laicos.

Jueves 29.- Recibe visitas. - En la Sede de Cáritas Diocesana recibe la visita del Sr. Presidente de la Excma. Diputación Provincial de Valencia y mantiene una reunión con el Consejo de Dirección de

Cáritas. - Por la tarde, en los locales de la Vicaría de Evangelización, se reúne con los miembros de la Comisión Coordinadora del Congreso Diocesano de Laicos.

Viernes 30.- En la Iglesia de la Casa Generalicia de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Valencia, preside la celebración de la Eucaristía en la Profesión Perpetua de nueve Hermanitas.

D. JAVIER SALINAS VIÑALS **OBISPO AUXILIAR**

ABRIL

Jueves 1.- Preside la “Misa in Coena Domini” del Jueves Santo en la parroquia Santa Ana de Quartell.

Viernes 2.- Por la mañana, en la parroquia San Roque de Benicalap, preside el acto del “Final del Camino Neocatecumenal” a una comunidad de esa parroquia. - Por la tarde, preside los oficios del Viernes Santo en la parroquia Nuestra Señora de los Ángeles, de Benavites.

Sábado 3.- Preside la Vigilia Pascual en la parroquia San Miguel Arcángel, de Quart de les Valls.

Domingo 4.- En la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Valencia, concelebra la Eucaristía del Domingo de Resurrección.

Miércoles 7.- Despacha asuntos en la Vicaría de Evangelización.

Jueves 8.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Viernes 9.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Domingo 11.- Preside la Eucaristía de la festividad de la “Divina Misericordia” en la parroquia San Francisco de Borja, de Valencia. - Por la tarde, preside la Eucaristía y administra el sacramento de la Confirmación a unos adultos, en la parroquia Nuestra Señora de los Ángeles, de Mislata.

Lunes 12.- En la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Valencia, concelebra la Eucaristía en la festividad de San Vicente Ferrer.

Martes 13.- Asiste a la reunión del Consejo Episcopal en el salón de actos de la Vicaría de Evangelización.

Miércoles 14.- Despacha asuntos en la Vicaría de Evangelización.

Jueves 15.- Se reúne con los Arciprestes de la Vicaría I, en la sede de la Vicaría de Evangelización.

Viernes 16.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana. - Por la tarde, preside la Eucaristía y administra el sacramento de la Confirmación a un grupo de alumnos del colegio “CEU-San Pablo” en Moncada.

Sábado 17.- Por la mañana, preside la Eucaristía y administra el sacramento de la Confirmación en dos turnos, para los alumnos del Colegio Esclavas de María de Valencia.

Domingo 18.- En la parroquia San Vicente Ferrer del Grao de Valencia, preside la Eucaristía de la fiesta de San Vicente Ferrer, titular de la parroquia, y administra el sacramento de la Confirmación a unos adultos.

Lunes 19.- Viaja a Madrid para asistir a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Martes 20.- En Madrid, asiste a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Miércoles 21.- En Madrid, asiste a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Jueves 22.- En Madrid, asiste a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. - Por la tarde viaja a Valencia.

Viernes 23.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Sábado 24.- Preside la Eucaristía y los ministerios de Lector y Acólito en el Seminario Metropolitano de Valencia, en Moncada. - Por la tarde, en la parroquia El Buen Pastor de Valencia, preside una Eucaristía con motivo de la fiesta del titular.

Lunes 26.- Recibe visitas en la Curia Diocesana. - Asiste a la reunión del Consejo Episcopal en la sede de la Vicaría de Evangelización.

Martes 27.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana. - Por la tarde, asiste a la reunión central del Sínodo Diocesano.

Miércoles 28.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana. - Por la tarde, imparte una conferencia sobre la “Eutanasia”, dentro de las “Jornadas de formación” dirigidas a los profesores de religión, en la sede de la Vicaría de Evangelización.

Jueves 29.- Recibe visitas y despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Viernes 30.- Recibe visitas y despacha asuntos en la Curia Diocesana.

**D. VICENTE JUAN SEGURA
OBISPO AUXILIAR**

ABRIL

Jueves 1.- Concelebra la “Misa in Coena Domini” del Jueves Santo en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Valencia.

Viernes 2.- Concelebra los Oficios del Viernes Santo, en la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Valencia.

Domingo 4.- En la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Valencia, concelebra la Eucaristía del Domingo de Resurrección.

Miércoles 7.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Jueves 8.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Viernes 9.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Lunes 12.- En la Santa Iglesia Catedral Metropolitana de Valencia, concelebra la Eucaristía en la festividad de San Vicente Ferrer.

Martes 13.- Asiste a la reunión del Consejo Episcopal en el salón de actos de la Vicaría de Evangelización.

Miércoles 14.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Jueves 15.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Viernes 16.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Lunes 19.- Asiste vía telemática a la reunión de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Martes 20.- Asiste vía telemática a la reunión de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Miércoles 21.- Asiste vía telemática a la reunión de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Jueves 22.- Asiste vía telemática a la reunión de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Viernes 23.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Lunes 26.- Asiste a la reunión del Consejo Episcopal en la sede de la Vicaría de Evangelización.

Martes 27.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Miércoles 28.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Jueves 29.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

Viernes 30.- Despacha asuntos en la Curia Diocesana.

NECROLÓGICAS

Rvdo. D. Vicente Molió Simó

El sacerdote valenciano Vicente Molió, tras más de 60 años en la parroquia de Adsubia, falleció el sábado 24 de abril a los 92 años de edad, en el Hospital de Manises.

D. Vicente nació el 30 de junio de 1928 en Bellreguard, y fue ordenado sacerdote en Gandia el 29 de junio de 1953.

Su primer destino pastoral fue en febrero de 1954 como Vicario Parroquial de la localidad alicantina de Callosa d'En Sarrià, perteneciente entonces a la diócesis de Valencia. Dos años más tarde fue nombrado Vicario Parroquial de la parroquia Asunción de Nuestra Señora de Pego.

En julio de 1960 se le nombró Párroco de las parroquias San Bernardo Abad de Forná, San Cristóbal Mártir de Vall de Gallinera-Benirrama, y San Vicente Ferrer de Adsubia. En septiembre de 2003 cesó de Vall de Gallinera-Benirrama, y permaneció en Forná y Adsubia.

Posteriormente, en julio de 2018 pasó a ser Adscrito de la parroquia San Vicente Ferrer de Adsubia, con lo que estuvo aquí destinado 58 años como Párroco y los dos últimos como Adscrito.

La misa exequial por el eterno descanso de D. Vicente Molió, tuvo lugar el lunes día 26 a las 17,00 horas, fue presidida por el Arzobispo de Valencia, Cardenal Antonio Cañizares, en la parroquia San Vicente Ferrer de Adsubia.

A la espera de la resurrección, descanse en paz.

ÍNDICE

ARZOBISPADO

SR. ARZOBISPO:

Homilias:

I, Domingo de Ramos, 28-III-2021, 277; II, Misa Crismal, 30-III-2021, 281; III, Celebración de la Cena del Señor del Jueves Santo, 1-IV-2021, 288; IV, Celebración de la Pasión del Señor del Viernes Santo, 2-IV-2021, 293; V, Vigilia Pascual, 3-IV-2021, 298; VI, Pascua de Resurrección, 302.

Cartas:

I, «Hemos creído en el amor», 4-IV-2021, 307; II, «¡¡Resucitó de veras!!», 11-IV-2021, 311; III, «Esperanza y misericordia», 18-IV-2021, 319; IV, «Un mundo nuevo», 25-IV-2021, 323.

Decretos:

I, El Sr. Cardenal Arzobispo decretó la jubilación de algunos Canónigos de la Santa Iglesia Catedral, 13-IV-2021, 327; II, Aprobación modificación del Reglamento de la Asamblea Sinodal, 27-IV-2021, 328.

CANCELLERÍA-SECRETARÍA:

COMUNICADO:

Concesión del Año Jubilar de San Francisco de Borja, 22-IV-2021, 335.

I, Rito de admisión de candidatos al Diaconado Permanente, 337; II, Sagrada Ordenación de Presbíteros, 338; III, Rito de

admisión de candidatos al Diaconado y Presbiterado, 339; IV, Nombramientos eclesiásticos, 340; V, Defunciones, 341; VI, Asociaciones, 342; VII, Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, 342.

VICARÍA JUDICIAL:

Turno nº 1, 345; Turno nº 4, 348.

INFORMACIÓN

ACTIVIDAD PASTORAL:

Sr. Cardenal Arzobispo D. Antonio Cañizares Llovera, 351; Obispo Auxiliar D. Arturo Pablo Ros Murgadas, 355; Obispo Auxiliar D. Javier Salinas Viñals, 358; Obispo Auxiliar D. Vicente Juan Segura, 361.

NECROLÓGICAS:

Rvdo. D. Vicente Molió Simó, 363.



PORTADA: Cáliz de la Pasión. Año Jubilar 2020-2021

EDITA: ARZOBISPADO DE VALENCIA